

## *Reflexión, reducción, y regresión en el pensar. Lecciones de lecturas de Edmund Husserl y Eugene Finck<sup>1</sup>*

**Dr. Jorge Morales Barría<sup>2</sup>**

*No sé si debo hablaros de las primeras meditaciones que hice allí, pues son tan metafísicas y tan fuera de lo común, que quizá no gusten a todo el mundo. (Descartes).<sup>3</sup>*

*“Este intuirse a sí mismo pedido al filósofo al llevar a cabo el acto mediante el cual surge para Él el yo, lo llamo intuición intelectual. Es la conciencia inmediata de que actúo y de qué actuación, mediante lo cual sé algo porque lo hago. La facultad de intuición intelectual no puede demostrarse por medio de conceptos, ni lo que ella sea sacarse de conceptos. Cada cual ha de encontrarla inmediatamente en sí mismo o nunca llegará a conocerla. (Husserl).<sup>4</sup>*

*Comenzamos de nuevo, por tanto, cada uno para sí y en sí, con la decisión de filósofos que comienzan de un modo radical de dejar por de pronto fuera de juego todas las convicciones- y entre ellas todas nuestras ciencias que hasta ahora tenían validez para nosotros. Al proseguir de este modo y en esta dirección nuestras meditaciones, nosotros, filósofos, principiantes... (Fichte).<sup>5</sup>*

---

<sup>1</sup> Agradecimientos: A Verónica Aris Zlatar, quien desde 2009 hasta 2013 dirigió el Taller de Filosofía “Lecturas Fenomenológicas” en el contexto de las actividades del Comité Cultural de Clínica Las Condes, y a quien debo la primera información relacionada con el tema principal de este escrito.

<sup>2</sup> Nefrólogo. Clínica Las Condes.

<sup>3</sup> Descartes R. *Discurso del Método*. Espasa Calpe, Madrid, 1966.

<sup>4</sup> Husserl E. *Meditaciones Cartesianas*. Tecnos, Madrid, 2009.

<sup>5</sup> Fichte J.G. *Introducción a la teoría de las ciencias*. SARPE, Madrid, 1984.

## **1.- Modos intuitivos del pensar natural.**

Pensar es una obligación del hombre. Ni siquiera le está permitido disponer de si lo hace o no lo hace. El propósito de la presente meditación es describir y analizar el proceso del pensar con énfasis en la reflexión.

Nos hemos dispuesto examinar la siguiente hipótesis: el modo reflexivo es una estructura intencional primaria que trasciende toda la constitución humana asumiendo diferentes modalidades en las diversas regiones de la conciencia, sea la conciencia natural o la conciencia trascendental y el análisis fenomenológico que las pone en evidencia.

Acceder a una comprensión del pensar y de la comprensión sólo es posible desde una instancia reflexiva que abandona el ser propio actual para asumir un ser-otro, en sí mismo apto para efectuar una reducción radical de la conciencia natural.

El examen filosófico exige asumir otra conciencia-universal-en-sí-mismo, que no es un observador neutral, sino una *alternativa* de ser en relación con la constitución abstracta o eidética, valórica y estética de la propia conciencia, que en el caso particular del filósofo lo habilita para reconocer que hay un problema explorable con una intencionalidad reflexiva de un nivel superior.

Influenciados por la lectura de *Meditaciones Cartesianas* y *La Crisis*, de Edmund Husserl, y la *Sexta Meditación* de Eugene Finck, hemos escogido como método la descripción de los fenómenos de reflexión, y reducción reflexiva, en el yo natural, en el yo constituyente y en el yo fenomenologizante.

### **1.1.- Modos directos intuitivos del pensar natural**

a) Debemos partir por descripciones del pensar humano desde las manifestaciones más elementales a las más complejas. El simple pensar natural, modo directo e intuitivo de pensar, es fluyente, y en él se dan pensamientos asociados a la relación del sujeto con el mundo mediado por percepciones sensoriales del mundo exterior, del propio cuerpo y de la mente en relación consigo mismo y con los otros.

En la condición de abiertos al mundo y a sí mismos, estamos expuestos en una forma distinta a una piedra o a un animal. Esta “exposición” es un estadio de pre pensar, sólo de reacción y acción que nos lleva de una a otra situación cambiante en la ilusión de estar detenidos en el espacio y tiempo, que llamamos el aquí y el ahora.

A este meramente siendo-aquí lo acompaña un estar de continuo pensando qué hicimos, qué hacemos, qué vamos a hacer, cómo vamos a hacer, quién nos va a ayudar, cómo resolveremos un problema matemático o lógico, cómo estará el clima, qué noticias se han producido, quién ha fallecido, cómo me tratarán los demás, oiremos el relato de un amigo, sentiremos congoja, etc. Es un estado natural de irreflexividad, escasa auto conciencia de ser y ausencia de tematización teórica de sí mismo y del mundo como tal, con la atención colocada en el hacer o simplemente conocer y practicar, en parcelas o fragmentos de mundo que se abordan como entes a manipular, estudiar y teorizar.

Toda esta “naturalidad” es posible porque en el actuar humano se da por supuesto indiscutible que todo lo percibido a través de los sentidos es real, lo que es aceptado así sin discusión interior: es un consenso no puesto en duda. El mundo existe y es examinado y vivido en sus partes con una aceptación total y completa del hecho cierto de su globalidad incluyente, incluso del sí mismo. Se da la posibilidad de dudar de partes de la realidad del mundo en cuanto a su verosimilitud, siempre aceptando

como real tal cual se aparece a los sentidos; en el fondo de lo que se trata en la vida natural es afinar los sentidos y crear artefactos que les den mayor alcance y precisión.

En otras palabras, en el estado natural la ciencia existe y se justifica para ir rellenando los vacíos de conocimiento que se dan en este mundo ya conocido con la vaga esperanza de que algún día, quizá, lo sepamos todo.

En suma, que todo existe y es real es para el estado natural un hecho de facto pre dado para la conciencia natural que incluye todas las experiencias que el hombre pudiera tener, y en ese marco desarrolla su vida. Ésta convicción primariamente aceptada ha dado a la expresión existente un sentido original, que es existente o siendo en el mundo en horizontes indeterminados. En esta situación las expresiones y conceptos supuestos en los vocablos existente (*existent*) y ser (*being*) han pasado a ser, en el lenguaje natural, sinónimos instalados de una vez y para siempre en nuestra conciencia todo el tiempo que permanezcamos cautivados en la idea de mundo de la actitud natural. De tal forma que lo que percibimos y de lo que tomamos conciencia es, en la vida natural, siempre de hechos “reales” que ocurren a seres existentes, de lo cual nos percatamos con igual realidad. Corolario de esta idea de ser y existente (que me incluye como persona en totalidad), yo soy un hombre viviente en el mundo que como sujeto experimenta objetividades en estado terminal (entes), y que a su vez constituyen mi conciencia (ideas), también cada vez completa y terminal, a la cual no le cabe otra responsabilidad que continuar en sí misma aquella plenitud de la realidad existente objetiva en el momento presente. El pensar y los contenidos del pensar son fácticos de suyo.

Lo existente se presenta como un mundo evidente con el rango de existente natural imprescindible, donde todas las cosas están y en el que vivimos con otros experimentándolas, o sea acumulando experiencias. Este sentido original de lo existente en el cual todo “es” de suyo, es cautivante para el yo, el cual se sumerge en él sin vacilaciones ni dudas siempre que permanezca en tal estado de ingenuidad. En esta aproximación ser y conocimiento son dos componentes inseparables de una relación cognitiva: el ser está expuesto allí para ser conocido, mi conciencia se dirige espontáneamente al ser que está allí. Veremos más tarde que esta impronta es tan indeleble que traspasa las fronteras de la conciencia natural fáctica penetrando el nivel de conciencia trascendental, el cual pretende definir otro concepto de lo existente y de ser. Viviendo en la conciencia natural y siendo una unidad constituida en estado terminal, que es lo propio de todo lo existente en el mundo, soy hombre en el mundo, soy sujeto y experimento objetividades, también constituidas terminalmente, o sea existentes o fácticas.

Esta realidad es dada y se presenta a nuestra conciencia como consecuencia de experiencias previas, en una actualidad que recoge lo que precedentemente ha sido experimentado, pudiendo configurarse teorizaciones temáticas en diferentes áreas del quehacer humano dando origen a ciencia y cultura. Así tenemos una razón entrenada y desarrollada en la habilidad natural de teorizar siempre partiendo de una experiencia personal o universal pre dada que damos por cierta y segura, todo ello formando parte de una inmanencia personal y colectiva. Así hablamos de la racionalidad, la lógica, conceptos, hipótesis, teorías, lenguaje, significados y unidades de sentido consideradas objetivas, basados, aunque desapercibidamente, en una convicción original e irreductible de la actitud natural: todo es real, nuestros sentidos y luego nuestra razón nos dan parte de esa realidad, que es existente de suyo como uno mismo lo es. En éste vínculo cognitivo entre sujeto y mundo todo lo que es o puede ser conocido es existente como objeto, el conocimiento está dirigido a lo que existe y el pensar es obligatorio en

una conciencia abierta a lo existente en el mundo. Más aún el vínculo está dado por dos existentes: conciencia cautivada por el mundo y el mundo.

¿Qué es lo existente para la conciencia natural? Es simplemente lo que se presenta y se consensúa, concuerda y confirma en la experiencia inter subjetiva. ¿Qué es la experiencia? Es aquello que se va constituyendo en la conciencia en la forma de vivencias explícitas o implícitas que yo en cada momento puedo recorrer o que independiente de mi decisión vienen a mí como si fueran propias, o más bien dicho, siendo propias en su forma de comportarse. Luego de esto decimos que el mundo es objetivo y que en esta condición se presenta a nuestra conciencia, la cual es subjetiva, lo que alude por una parte a que es una “sustancia” (*res cogitans*) que recoge lo objetivo como en una pizarra, y por otra parte que es una acogida que varía de un individuo a otro (subjetivismo) con la posibilidad de acordar temáticas en relación con esencias y generalidades que se pueden aplicar, en esta perspectiva natural, a todo, incluida la objetividad de la conciencia subjetiva temática. Teóricamente, y sólo teóricamente, en la conciencia natural se construyen unidades autónomas que denominamos esencias, relacionadas con experiencias obtenidas en la realidad de lo existente, que a diferencia de lo fáctico mismo son relativamente fijas y permanentes, y por supuesto consensuadas en el sujeto mismo y confirmadas en la relación intersubjetiva lo que ocurre antes de cualquier operativo intelectual en un estado de pre comprensión que se pone a disposición de los eventos perceptivos y cognitivos en su actualidad. Las esencias son unidades invariantes que prontamente funcionan como a priori en la vida de conciencia natural, dando formas lógicas, significado y sentido a la experiencia práctica y teórica: de algún modo las esencias ontifican al dar validez a los constructos de la conciencia natural.

En la actitud natural deben distinguirse las esencias (*eidōs*) de las idealidades. Las primeras recuerdan lo que es esencial de algo, la identidad invariable, un conocimiento que es resultado de la experiencia y luego pre dado ante nuevas experiencias, una mirada anticipada a los eventos actuales de la conciencia. La idea alude a una intuición que es receptivamente (perceptivamente representada) experimentada, tematizada y objetivada. Piénsese en concepto o esencia de vaso versus idea de vaso. Lo invariante está cada vez a la mano, guiado por el conocimiento o idea pre dado.<sup>6</sup>

Todo el pensar natural se expresa, se muestra, se comparte, se intersubjetiviza, se comunaliza, se hace histórico; la gestualidad, la palabra oral y escrita describen con mayor o menor claridad lo que se piensa, y para la actitud natural lo que se piensa es relativamente concordante con lo real, lo existente. La palabra se construye en base a sonidos articulados y distintos que pueden ser neutros o relacionados con el contenido que se quiere expresar, pueden tomar la forma de símbolos, representaciones de animales u otros entes de la naturaleza, adoptar la imagen de dioses que configuran idealidades puras, reminiscencias arcaicas, relaciones por analogías, similitudes, antítesis, expresar intensidad, valor, temporalidad, etc.

Todo adquiere significado y sello final de realidad desde y a través de la palabra y de las sentencias. Se puede decir que la palabra y el lenguaje dan cuerpo visible al pensar, lo llevan a la naturaleza visible y audible propia de todas las cosas, lo que permite compartir intersubjetivamente y perpetuar en el tiempo el pensar, que de suyo es silencioso y etéreo, y simbólico cuando se manifiesta en forma de arte, cultura,

---

<sup>6</sup> Fink E. *Sixth Cartesian Meditation. The Idea of a Transcendental Theory of Method*. Kluwer Academic Publishers, B.V., 1988.

ciencia. Pero esto implica que la mayor parte del lenguaje está hecho a la medida de lo que el hombre considera existente, dígame el mundo de la naturaleza y el mundo de lo psíquico o del alma, a los cuales le adjudica un tratamiento en base a la habitualidad, a la costumbre regional y de la época, y expuesto a una inmensa variedad de sutiles interpretaciones individuales que son develadas en la comunicación inter personal. En la teoría natural del conocimiento el mundo así estructurado se trasmite de generación en generación y debe ser asumido por cada nuevo individuo como ya dado, establecido, como un mundo en que las cosas son de esta manera y no otra, y se llaman de tal manera y no otra, y se interpretan de tal manera y no otra. En la concepción natural de la conciencia es inmanente lo que está dentro de uno y es trascendente lo que está afuera de la conciencia, pero presentándose a ella. Una versión diferente se presentará al describir la subjetividad misma como trascendental.

Una condición poco examinada del pensar natural es el nivel de convicción que tiene la conciencia natural respecto a calidades que se dan por obvias y explicadas en sí mismas que adjudica a la propia conciencia y su pensar, atributos como: coherencia, congruencia, inteligencia, armonía, flexibilidad, desarrollo temporal, adecuación de contenidos y verbalización, correcta comunicación con otra(s) conciencia(s), sentido común privilegiado, etc. El pensar natural actúa como si todo esto fuera así de todos modos, sin dudarlo, y aún cuando deja espacio para la duda el individuo actúa tal como si no dudara. Nadie podría ni siquiera imaginar una estructura de pensar que no dispusiera de los atributos antes mencionados, aunque a nivel individual existan diferencias en los modos concretos de manifestarse la coherencia, congruencia, inteligencia, etc. y solamente aceptando las excepciones de aquellas conciencias que presentan *alteraciones* mentales profundas. Ante una discrepancia con otro, yo puedo pensar que tal persona está en un error conceptual, siendo mi primera interpretación que esta mal informada o mal “formada” en cuanto a las fuentes de su experiencia, o simplemente formado distinto a mí, pero será difícil para mí pensar que tiene una *alteración* estructural de su forma de pensar, o sea de que es portadora de un “vicio” en su estructura de razón, percepción, ideación, etc. o sea que tiene un pensar inhumano, alejado del mundo de lo humano. Esta estructura dada por supuesta al pensar natural, con un nivel vecino a la apodicticidad, será examinada con profundidad más adelante para apreciar sus orígenes y justificación.

La conciencia natural reconoce que resultado de la experiencia relacionada con los entes existentes, estos tienen significado y asumen un sentido de acuerdo a situaciones de hecho de la vida “real”. En las cosas muy concretas el significado, según una interpretación natural, ha provenido de responder a las preguntas qué, cómo, para qué, sin preocuparse mucho por qué esta necesidad de poner rótulos y signos de lo cual no escapa nada existente. En los entes abstractos (tiempo, espacio, valores, ideas puras) estos significados han sido interpretados como eventos a priori de la conciencia, y se aceptan como tales sin reparos.

El lenguaje es la verbalización oral o escrita de estos significados que aplican y distinguen todo lo existente y permiten la comunicación inter personal, la que a su vez purifica y acrecienta la información sobre nuevos entes con su significado y nombre “puestos”. Se puede considerar al “sentido” como lo que permite que así como la conciencia es siempre conciencia de algo, igualmente la conciencia pueda matizar esa acción dirigiéndose hacia ese algo con variadas “intencionalidades”, como ser perceptivas, imaginativas, recordatorias, seleccionadora, juicio, interés, verdadero/falso, emoción, etc. La intencionalidad está condicionada en este caso por la interpretación de que todo fenómeno (psíquico) es una representación de algo lo que es propio del pensar natural en el cual es inherente una separación entre lo objetivo y lo subjetivo. También

el “sentido” puede ser comprendido desde el pensar natural como una condición por la cual el pensar mismo se mueve en cierta dirección, o con cierta finalidad, y también con determinada tematización y coherencia en relación con el pensar total desde una mirada subjetiva: tales ideas tienen o no sentido, el hablar puede ser recibido como sin sentido, o respecto a un proyecto que tiene o no tiene sentido. El sentido así considerado tiene un carácter envolvente, globalizante, expresando una unidad comprensiva de la conciencia actuante, que unifica y procede como una, con sentido.

Posiblemente por esta razón en *Ser y Tiempo* el enunciado inicial de Heidegger que alude al esclarecimiento del ser se plantea como una pregunta por el “sentido” del ser y parte de la respuesta está de alguna manera a disposición del que hace la pregunta, en una comprensión mediana y vaga que debe ser considerada un *factum*, en algún sentido un *a priori*<sup>7</sup> “*el animal patentemente no vive con “sentido”*”, carece de proyecto global de futuro y de una valoración de situación; el sentido es esencialmente humano en una situación comprendida, interpretada, dado que somos entes determinados por el comprender, lo que incluye una interpretabilidad de sí mismo. Hay que plantear la pregunta de dónde proviene la interpretación<sup>8</sup>. Un espacio comprensor humano, desde el cual habla y oye, es presupuesto cada vez que él actúa y realiza la apertura a la coexistencia con su congénere, con el otro. El hombre se inclina de un modo fatal a comprenderse desde las cosas, a presuponerse como una cosa dotada de propiedades especiales (animizada, racionalidad) y a hacer, en su autoexplicación, un uso acrítico de conceptos “objetivos”<sup>9</sup>. La existencia humana es propiamente distinta del ser de todo otro ente, en cuanto se comporta comprensivamente también respecto a sí misma, autointerpretándose<sup>10</sup>. Podemos agregar desde una mirada natural que la interpretación y la comprensión se dan en la búsqueda y aplicación de significado...y sentido. En el examen fenomenológico de la conciencia, significado y sentido tienen una diferente conceptualización y jerarquía, como se verá más adelante.

b) En la interpretación natural de la conciencia existe un segundo momento vivencial que es incipientemente reflexivo y está dado por el darse cuenta. En el darse cuenta podemos distinguir: darse cuenta de lo que está pasando fuera de mí, en el mundo exterior; el darse cuenta de lo que está pasando dentro de mí (mundo interior de mis vivencias y pensamientos, incluido el mismo darse cuenta), y por último darse cuenta de lo que le está pasando al otro, los otros, la comunidad de personas, lo que ha sido denominado empatía o simpatía. La descripción del fenómeno cognitivo humano que da pie a la comprensión del otro y los otros será revisada luego, a partir de lo enunciado en la quinta Meditación Cartesiana<sup>11</sup>.

Este darse cuenta (*awareness*) se expresa en ocasiones con las palabras “sentir” o percatarse, o simplemente vivir, en la dimensión de vivir-lo. Corresponde a tomar conciencia de algo, alguien, un suceso, evento, etc. Lo impreciso está en el dónde y cómo “siento” o me doy cuenta, que viene a definir un afuera y un adentro en esta realidad de existentes. Si intento vaciarme de lo afuera que estoy sintiendo (lo que es imposible porque estoy escribiendo) quedo en una nada poco concebible. Lo que más “siento”, de hecho imposible de liberarme, es mi cuerpo, el mundo inmediato que me rodea, los ruidos de la calle, la página abierta del computador, las ideas que vienen y van, cuando me llaman, cuando vibra el celular. “Siento” puede referirse también a una

<sup>7</sup> Heidegger M. *Ser y Tiempo*. Trotta, Madrid, 2003.

<sup>8</sup> Fink, *op.cit.*

<sup>9</sup> Fink, *op.cit.*

<sup>10</sup> Fink, *op.cit.*

<sup>11</sup> Husserl, *op.cit.*

experiencia más vaga como un estado sintiente, obligado y perenne, muy próximo al yo que experimenta, tanto así que se usa como último argumento para convencer a otro, agotados todos los otros, por ejemplo cuando se dice: “pero, bueno, yo lo siento así”. Con frecuencia se dice “yo” siento, con énfasis en el yo, sin aludir a una espacialidad precisa y también con una temporalidad vagamente definida en su “desde” y “hasta” en relación con el momento presente.

Este darse cuenta o sentir está en el nivel más básico de una experiencia reflexiva, porque es percatarse de que “siento”. Si estoy frente al mar, puedo por un instante alejarme del estado natural vuelto hacia el mar, y pensar “sé que veo el mar, sé que veo y disfruto; no está físicamente en mí, pero sí representado virtualmente en su realidad en mí por medio de mis sentidos, sé que si estuviera dentro de mí no lo podría ver, no sólo porque no cabe físicamente sino porque los órganos de los sentidos, y específicamente la visión, están diseñados para ver lo que está fuera de mí, incluida mi externalidad corporal, pero no dentro de mi corporalidad. Sé y siento que yo tengo una presentación en la experiencia de ver, como también en la presentación de algo no presencial exterior como es “ver” imagerías o alucinaciones.

Al hacer esta aproximación sintiente ya estoy usando conceptos y recuerdos que se unen a lo que se me presenta en el aquí y ahora, lo cual hace emerger el prefijo “re” que indica una actividad en oposición al carácter de lo inmediato con la pasividad de lo que simplemente se está dando; ese prefijo determina la alocución representación (representación) aludiendo a una faceta activa de la conciencia que la distingue de la mera “presentación” de algo.

Si prolongo esta divagación acerca de lo que me está pasando, ahora ya en un plano estrictamente reflexivo, me queda claro y evidente que lo que yo tengo en mí del mar que veo es una directa relación por la cual algo material y corpóreo es aprehendido por mí como un algo que es en sí material pero que es en mí de un modo inmaterial por el aporte del “re” que lo aleja de la mera sensación, que sé y siento que es en parte lo que soy en la actualidad que estoy siendo. Siento además que este percatarse se queda en mí, es íntimo y personal, en gran medida intrasmisible, perdura en el tiempo bajo otra forma atenuada que es recuerdo y se hace propiedad en mí, porque puedo contarle y escribirlo, como ahora, aún varios años después de haberlo vivido. Todo esto es ya una reflexión, un llevar a la conciencia hacia adentro, un repasar una sensación, una percepción, una idea, previas en el tiempo, algo que estaba oculto, algo sin llamatividad hasta que mi conciencia reflexiva lo solicita, lo trae al momento actual, re-flexiona. Es obvio que sin esta capacidad no habría síntesis porque solo habría un presente en curso. Tampoco habría hipótesis, ni habría asociaciones, ni analogías, ni imagerías (¿con qué?), ni ciencia ni cultura, ni historia, ni filosofía, tampoco habría algo reconocido como yo, mi yo.

El no darse cuenta. En ocasiones uno experimenta que algo que ocurrió antes pasó desapercibido por completo en el momento de su actualidad; es una impresión que me hace saber que la mayor parte del tiempo están ocurriendo cosas en mí y a mi alrededor de las que no me doy cuenta; incluso al estar haciendo muchas cosas en forma automática sólo percibo que las he hecho después de un tiempo y me sorprende de lo que hice. No me doy cuenta del paso del tiempo, por ejemplo cuando estoy ensimismado o muy entretenido. Tampoco me percato de que ocupo espacio, excepto cuando tropiezo o me concentro en percibir y sentir el espacio en que me muevo. Tampoco me doy cuenta cabal de que cursa sin descanso mi pensamiento, hasta que reflexiono en ello. Es tan liviano mi ser anímico, por ejemplo mis pensamientos, que no lo siento ni me doy cuenta de él, pero sé que soy y este saber (reflexivo) tiene peso, me refiero a peso de convicción. En suma, estoy empezando a comprender una magnitud

especial de calidad de pensamiento que tiende a permanecer más rato en mi presencia, es como algo pegajoso, algo que se detiene un poco en su transcurrir, que se hace más fuerte con lo emocional o llamada (*appeal*), que no se mueve con rapidez para dejarme, o incluso puede quedarse en mí para siempre como es en el caso de la convicción y de todo lo que pasa a ser evidente para mí.

En el modo “Siento” abstracto hay una cierta atracción que se expresa en la mayor atención que pongo en tal o cual hilo de ideas o de cosas, que en su mayor nivel me arrastra a la reflexión; también me impresiona que los otros no capten con esa afección lo que en mí provoca gran arrobó. Si mi atención se detiene en algo, mi actitud se modifica para disponerse a un estar observando con mayor dedicación de la conciencia, lo que me permite concluir qué es la cosa, para qué sirve; a veces esto exige merodear alrededor curioseando hasta que concluyo algo o perfecciono aspectos físicos, de significado o sentido de la cosa. La desazón de la pregunta interior “eso qué es” puede estar en el inicio de un modo reflexivo natural.

En suma, el modo “sintiente” muestra una primera valoración temática que distingue lo que me pasa como individuo (aparición desde el anonimato de mi yo individual) de lo que pasa en sí (ya ahí), realizando las primeras focalizaciones del aparato de la atención, y da pie a objetivaciones e interpretaciones prácticas y teóricas propias de la vida natural. Se puede hablar del reconocimiento de mi subjetividad natural.

La relación de los sentidos con la conciencia viene a propósito de “sentir”. Ver, oír, tacto y contacto, olfatear, degustar. Son los órganos de los sentidos los que permiten estas distintas percepciones; privado por completo de todas el ser humano no puede siquiera ser imaginado. La relación de estas percepciones con la conciencia no es trivial. En primer lugar los sentidos aportan inmediata y directamente agrado o desagrado, o sea están estrictamente relacionados con sensaciones integrales de bienestar o malestar corporal total. En esto y otros aspectos se impone por importancia la visión; ella aporta inmensa información a los contenidos y a la claridad de ellos. La visión sin embargo distrae la atención, cautiva. La visión suscita y a la vez anula la reflexión. Sin embargo, la visión se suspende durante el sueño y ese espacio de tiempo la conciencia deambula libre. La visión puede ser suspendida a gusto cerrando los ojos, lo que permite a la conciencia concentrarse en pensamientos propios sin distracción. Es lo que no puede hacer la audición, siempre expuesta (a no ser que circunstancialmente me tape los oídos a pesar de lo cual sigo oyendo un ruido sordo lejano), ni la degustación (a no ser que deje de comer), ni el tacto y olfato, de los cuales no nos podemos desprender voluntariamente. El análisis de cada esfera sensorial puede ser muy largo, más aún si se considera como ellas se integran finalmente en una sola experiencia. Pero los sentidos son mucho más que la suma de percepciones o sensaciones, son experiencias con un resultado que puede agradar, no agradar, distraer o no distraer a la conciencia. La música revela la cualidad privilegiada de la audición de poder no distraer a la conciencia sino de encaminarla hacia un auto reflexión. Conciencia y música, conciencia y poesía se conectan entre sí en un nivel que va mucho más allá del nivel estrictamente perceptivo sensorial.

c) Próximo al darse cuenta se puede apreciar en nuestra conciencia un fenómeno relevante para nuestra meditación, que es la apertura de un dialogo interior entre dos componentes de mi misma conciencia. Puede que esto sea otro atisbo de reflexión o quizá ya la reflexión natural en su primera expresión explícita. Por supuesto que en el estado de vigilia asoman algo así como débiles primeras instrucciones de un yo que emerge dentro del propio yo. Podría llamarse un *alter ego* interior. Es “alter” en la

medida que ofrece al yo primordial en su primera mostración *alternativas* poco esperadas o inesperadas absolutamente, como si vinieran de otro nivel también propio; es interior en cuanto además de ese grado de extrañeza uno sabe que tiene un decir propio y personal, menos contaminado que el yo cotidiano que aparece como más próximo y abierto al mundo.

El “*alter*” va susurrando instrucciones simples como “levántate, no mires, háblale, duerme, escoge tal cosa, etc.” que mi particular yo se encarga la mayoría de las veces de cumplir. Esta especie de hablante con sordina se puede delatar cuando vemos a alguien que está solo y que mueve los labios o más explícitamente hablando solo dialogalmente sin hablar en voz alta. Se da una ambivalencia entre un yo que da instrucciones y otro más pasivo que las atiende y cumple como si fuera más tímido y obsecuente. Diríamos que este último, el yo tímido y callado, es más yo mismo cuando hablo de mi yo, es también el yo de los deseos y de la voluntad, en cambio el yo hablante es más una voz de conciencia relacionada con el mundo con lo que éste conlleva de información, cultura, afectación por parte de los otros, juicios valóricos y éticos.

Pareciera como si el grueso de lo constituido en mi conciencia estuviera más afinado en el hablante que en mi yo que decide y actúa, porque el hablante usa argumentos y recomendaciones ligados a datos culturales, valóricos y éticos ya depositados en la conciencia y que él recuerda, jerarquiza y valora con rapidez y acierto. Con esto queda explícito también que es el yo auditor, el que sopesa la información y recomendaciones del yo hablante, y finalmente el que tiene la potestad de actuar de una u otra manera dando instrucciones a su corporalidad. ¿Hay solidaridad entre estos dos “hablantes”? Aparentemente la hay, porque el sentido de unidad y fidelidad se mantiene en todo el proceso de conciencia y en todos los análisis que se hacen reflexivamente y retrospectivamente: el individuo es uno, lo que el yo auditor hizo siguiendo el parecer del yo hablante es asumido por la unidad, solidariamente en el error y en el acierto. ¿Se puede considerar que este ejercicio de dualidad en la conciencia es reflexivo? Pareciera que sí. En efecto, la participación del yo hablante se da cuando el yo auditor está en duda o pregunta, situación frecuente en la vida natural en la cual el sujeto está en un frecuente estado de incertidumbre, falta de convicción, *alternativas* posibles que parecen iguales o parecidas y conductas que debe adoptar, sí o sí. El decurso de la vida fluyente de vivencias siempre estará presentando *alternativas* sobre las cuales decidir: voy o no voy, hago o no hago, digo o no digo, me dejo llevar o resisto. Estas *alternativas* son la forma primaria del preguntar y del preguntarse, del dudar, del no saber que hacer. Consecuentemente el yo auditor al hacer oído al hablante está en el terreno de duda y trae al hablante a la presencia de la conciencia para que le proponga las *alternativas* y en el fondo para que le diga qué escoger como si le hablara un otro real, que se presenta como fundamento para la voluntad.

En una interpretación natural se puede pensar que el *alter ego* interior, que hemos descrito como el yo hablante, tenga que ver con la simultánea aparición y retroalimentación del *alter ego* también real que es el “otro” propiamente tal, la “otra” persona y los “otros” considerados como comunidad más lejana o universal que ya son experimentados desde el nacer en las voces de los “*alter*” reales que desde el inicio actúan sobre la conciencia del yo con cohabitación y decires educativos e instructivos.

La inextricable relación de existencia que tiene el ser humano con “otra persona” y “otros”, desde su generación hasta la muerte, permiten imaginar desde el pensar natural que comunicaciones verbales o corporales consideradas en un amplio sentido están obligadamente en el mundo de cada sujeto y se pueden constituir desde temprano como *alter ego* interno y *alter ego* otro. Así visto, *alter* es un genérico de comunicación

del yo oyente/hablante que a la vez que habla (o lisa y llanamente expresa) con otro, habla consigo mismo, constituyendo significaciones y sentido. De lo dicho se desprende que esta es una instancia constituida de conciencia, quizá formalmente la primera, que se asienta en funciones duales de la conciencia manteniendo la mismidad y unidad, lo que se comprende, primero en la sumisión que el yo oyente tiene por los argumentos del yo hablante (haciendo prontamente propios tales argumentos) y segundo por la sumisión del yo hablante por las decisiones del yo oyente, a lo que se suman las conexiones de comunicación con los otros y el mundo.

Pero esta primera instancia dialogante interior nos expone a tener que interpretar como se da originalmente este proceder en que el pensamiento, en principio mera vivencia ideal no oral asume una propiedad oral en el uso de un lenguaje con propiedades simbólicas concretas que son las palabras para hablarse o pensarse a sí mismo. Dicho de otro modo, en este pensar ya se yuxtaponen indistinguiblemente pensamientos y palabras asumiendo éstas la expresión material de la representación de lo que pensamos como verdaderas y auténticas vivencias. Cuando yo me digo a mí mismo, “no tengas temor” que puede ser equivalente a decirme “no debo tener temor” estoy estableciendo: 1. El reconocimiento de que en mí hay una instancia de conciencia que de alguna manera me acompaña siempre, 2. Que esa instancia puede sentir opinión respecto a lo que me esta pasando, 3. Esa instancia puede “hablar” en el sentido de expresarse con lenguaje natural que no ofrece dudas en cuanto a la fidelidad con lo representado, 4. La acción que se desarrolla demuestra una voluntad<sup>12</sup> 5. Desde esta perspectiva el pensamiento no puede no ser, en algún sentido o grado, no hablado; el pensamiento se hace hablado por necesidad de comunicación entre dos entes de conciencia interior o al hablar se hace patente por primera vez la dualidad. El pensamiento utiliza los modos de presentación con los instrumentos materiales y formales para que en definitiva el pensamiento “sea” material, en otras palabras que pase de un estado pre ontológico a un estado ontológico cabal, lo que no existiría nunca sin lenguaje presentativo y vice versa. El estado ontológico lo da el lenguaje al hacer del pensamiento óntico un universal real.

El lenguaje es considerado un elemento de la comunicación y en consecuencia, ¿es válido aprobar la existencia de una comunicación intra sujeto? O sea, ¿podremos considerar el lenguaje en mayor amplitud como un elemento de la conciencia que se genera automáticamente previo a la comunicación inter subjetiva en la comunicación intra subjetiva?

## **2.- Modo reflexivo, la duda como método, una *epojé* de los sentidos.**

a) Del diálogo intra subjetivo de los hablantes se avanza a un estrato más profundo y complejo de conciencia que es la reflexión propiamente tal, la reflexión conciente de reflexión, en la que básicamente la conciencia natural adopta la disposición de examinar la conciencia natural en sí misma. En ocasiones ponemos atención especial, diferenciada y temática a ciertos asuntos de la naturaleza o de nuestro propio ser, como en casos de angustia extrema, de dudas del ser de los otros y del ser en general, o de que lo que percibimos sea lo cierto, etc. Buscamos instintivamente una luz de claridad, la verdad de las cosas y de los hechos; como si además de estar convencidos de que el mundo es real y verdadero entráramos en duda si tal mundo es lo que yo me he prefigurado, que es como se nos aparece o como debiera ser según nuestra opinión. Subjetividad, realidad y verdad asoman en nuestra conciencia buscando un acuerdo.

---

<sup>12</sup> Husserl, *op.cit*

Esta reflexión conciente natural implica por necesidad una continuidad del yo vivencial, un juntarse en la actualidad del flujo de vivencias con algo ya constituido. En otras palabras, el yo actual modifica su atención dirigiéndola hacia contenidos de la propia conciencia o en mayor profundidad a la conciencia misma. No se sobreponen un yo reflexivo y un yo actual sino que éste, por motivaciones que hay que especificar, vuelve sobre sí mismo, va al encuentro de algo pretérito, algo ya acaecido y ya constituido, algo que motiva o exige ser sometido a análisis y ponderación.

En la conciencia humana natural el Yo y el sí mismo son percibidos como estando ahí siempre antes de la reflexión; en su modo normal son anónimos y desapercibidos, que es como se desenvuelve la experiencia externa hacia las cosas en el flujo de ideas y acciones del día a día que es patente, obvia, compartida con otros. El cambio de dirección de la atención que implica la reflexión ilumina lo previamente no temático en el autoconocimiento y auto percepción del yo que se constituyeron anónimamente, auto escondidamente y en el auto olvido<sup>13</sup>. La comprensión más cabal de cómo nace y se desarrolla en la vida natural esa actividad de auto-objetivación (yo reflexivo) destinada a develar en una segunda visita lo ya existente en sí mismo provendrá del examen más profundo de la conciencia, algo más que como meramente portadora de una subjetividad natural, mostrando que la auto referencia se mueve en dos ambientes: de trascendencia, en la representación del mundo exterior y en el propio yo abarcando su conciencia y sus constituciones de mundo, o sea con elementos existentes para estos efectos como seres inmanentes que son concebidos en la manera natural como una inmanencia psíquica. La reflexión natural fáctica, como la descrita, ha dado origen a las ciencias particulares y a la filosofía en su versión metafísica.

En la observación del proceder de la conciencia reflexiva se puede advertir que en algunas circunstancias la conciencia esta aplicando una especie de chequeo, confirmación, duplicación de información, revisión “automática” de sus contenidos. Es un control de calidad que tiende a asegurar que el producto constituido en ella sea “bueno”, concordante y coherente para cada conciencia. Esa calidad o esa bondad de los contenidos de conciencia de cada individuo deben asegurar además el sentido y significación claros y distintos, la adecuación estética, ética, de razón y valor (en todo momento para mí, para mi conciencia) del todo de la conciencia.

Mi verdad (o mis verdades), aquella(s) que se va(n) estableciendo como tal en mi conciencia, son verdades prácticas, útiles, de la vida real, convincentes para mí, que se van estructurando como mi propio yo, el yo que soy de verdad, que soy para mí mismo y en parte el que soy para los demás. No es la verdad metafísica, ni la verdad o la pseudo verdad científica, ni la verdad de los silogismos y menos una verdad matemática. Aunque también desearíamos encontrar aquella profunda verdad, de las cosas y los hechos que nos diera como individuo y como humanidad explicación a la razón de ser de lo que nos toca vivir y experimentar como sociedad y especie.

También existe un feed-back negativo a la aparición o persistencia de la reflexión natural. Por ejemplo: suponer, asumir, figurarse, presumir, sospechar, creer, presuponer, son otras intencionalidades asociadas al modo reflexivo que pueden dar por terminada la reflexión y propenden a suspender las iniciativas de plenificación, se oponen o dilatan la verificación y cualquier intento plenificador que siguen al modo reflexivo natural (Re). Los supuestos permiten vivir en un mundo de fantasía por algún rato. En el suponer hay una hipótesis, una prefiguración, una imagería, una fantasía, destacándose el modo, “si...esto fuera así, lo otro sería asá”. El modo suponer es flexible y menos exigente, pone más énfasis en el diálogo y en el beneficio del tiempo,

---

<sup>13</sup> Fink, *op.cit*

en la espera que los problemas se resuelvan solos y muchas veces así ocurre. De hecho, el estado reflexivo que lleva a la neutralidad se observa en la conversación y comunicación con el otro y en el diálogo interno. Lo inverso ocurre en intencionalidades que acogen el defecto, la a-presentación (entendida como lo que se asocia a lo presentado sin dejarse ver, sólo insinuatamente y que genera curiosidad), el problema, lo extraño, circunstancias en las cuales la reflexión precede, acompaña y sigue a cada una de las posiciones intencionales de la conciencia que se cuestionan los defectos de la presentación y la a-percepción.

La reflexión se adueña del flujo de vivencias natural cuando algo que se experimentó motiva “a” otro algo que se experimenta en tiempo actual o vice versa; aquí “a” es temporalidad propia a la conciencia, no el tiempo natural que está dominado por el presente del ahora cautivado en la exterioridad y el hacer. Hay que agregar que “algo-en-uno” indica inequívocamente que todo está ocurriendo no en un espacio imaginario, sideral, o abstracto, sino en uno, tal cual el uno que uno-es, en el uno que uno sabe uno-es al experimentar el propio vivenciar, lo que lleva a ir estableciendo, perfeccionando y profundizando una identidad, la que a su vez es aceptada por el sujeto con un cierto orgullo de propiedad. Ni la pobreza más extrema imaginable despoja al ser humano de la riqueza de su ser, de su mundo, del *habitat* mínimo que es su cuerpo, su mundo concreto, sus pensamientos y su reflexión identificadora. Todo ello ocurre en la conciencia natural de un modo ajeno a la causalidad que es como se dan los eventos en la naturaleza material, sino originado en asociaciones motivacionales que están en el nudo del asunto; la conciencia no es “de algo”; ¡el “de algo” es la conciencia!

La reflexión natural se puede definir como la tematización de algo ya constituido por motivaciones varias; o sea la objetivación o re-ontificación de algo que ha permanecido en estado de pre-ser en la conciencia. Pero ¿cómo es que algo ya constituido en forma concluida, o sea existente como tal cosa, abre camino a una reflexión o duda en la actitud natural? Solamente yendo más allá de la idea y concepto naturales de ser y existente; o sea solamente mediando una conciencia a-perceptiva (percepción de algo más que lo directamente aprehendido sensorial o cognitivamente; contrapartida de la a-presentación) de lo existente puede concebirse la verdadera duda, la verdadera reflexión, el permanente cambio de lo tematizado como existente. El solo percibir y conocer no da cabida a la duda; es la conciencia a-perceptiva de fenómenos a-presentados (todo ello es una unidad a priori) lo que posibilita la duda que motiva la reflexión.

Sin la posibilidad de repetir (re-petir) no habría reflexión (re-flexión). La reflexión instrumentaliza la muy básica capacidad de la repetición para actualizar diversos elementos más de una vez y constituirlos en la conciencia consistentemente en el tiempo. La repetición es actualizar lo mismo varias veces, traer al presente sin cambio aparente algo con diferentes fines, por ejemplo para el aprendizaje, para el desarrollo de la memoria, en la generación de habitualidades, en la distinción de emociones y afectos. Tiene algo de automatismo. Las acciones corporales repetidas permiten automatizar los movimientos, aprender palabras y conceptos, de tanto repetir se intensifica y aclara el significado de palabras y textos, se logran apreciar las oscuridades temáticas; las grabaciones permiten vía repetición aprender más rápido lo que facilita el camino hacia la intelección, la explicación y la comprensión. La repetición también permite imaginar *alternativas* creativas, variantes de lo que se repite, como en el jazz, como cuando ya se dominan algunas prácticas en los juegos y la mente se encamina a inventar nuevas *alternativas* lúdicas. Todo esto suele ser mecánico y circunstancialmente reflexivo por ejemplo cuando se trata del aprendizaje. La repetición es en otras situaciones más bien enemiga de la reflexión natural, por ejemplo cuando lleva a la automatización, situación

frecuente en la cultura actual. La reflexión ocurrirá entonces cuando falta o falla la automatización.

La repetición como acto humano voluntario y deseado implica una inclinación hacia la concreción de algo que estimamos bueno y deseable lo que llevado a un plano existencial tiende a lo infinito. Pero también puede considerarse la repetición como un acto espontáneo de la conciencia, una forma de siempre estar volviendo a sí misma, un cierto capricho por visitar de nuevo su propio vivenciar, lo que cuando es explícitamente desarrollado llamamos recuerdos. No se puede negar que estamos siempre acosados por los recuerdos. Kierkegaard<sup>14</sup> reconoce una diferencia sustancial entre recuerdo y repetición: la primera es retroactiva, muchas veces evasiva y suple una actualidad infeliz; la segunda hace feliz al hombre en cuanto es auténtica repetición que no produce hastío. Es el caso de una experiencia sublime como el amor en la “deliciosa seguridad del instante”, “encantadora muchacha”, “vestido indestructible que se acomoda perfecta y delicadamente a tu talla”. Dice Kierkegaard que hay que comprender que la vida es repetición, que en esto estriba la belleza de la vida, que el que elige la repetición vive de veras porque no anda como los niños a la caza de mariposas, sino contento de ejercitar la repetición. Todo conocimiento es algo que fue, algo constituido diría Husserl, algo que se repite, algo que existía y vuelve a existir ahora de nuevo, en el fondo una reminiscencia. Sin la repetición todo es vano y vacío porque todo desaparece en el instante sin réplica.

Al modo reflexivo natural se llega desde sí mismo o desencadenado en forma casual o fortuita por la interacción con otro u otros, o por eventos de la vida mundana. La reflexión puede ser inducida por un encuentro, por un accidente, por una experiencia, por una lectura, por un susto, una frustración, la experiencia de la muerte propia casi vivida o la muerte de otro, por la destrucción o desaparición de algo material, por un sueño, por el enfrentamiento con lo incomprensible, por la ansia del “conócete a ti mismo”, etc.

b) Descartes utilizó el modo reflexivo del vivenciar natural en el desarrollo de la duda metódica para hacer claridad en el camino del verdadero saber a partir de la propia conciencia. En Descartes el yo que medita duda, descarta como criterio de verdad todo aquello de lo que se pueda dudar a partir de los resquicios y menciones vacías de lo a-presentado y a-percibido; se trata de una negación metódica del ser (como ser-cierto) por una reflexión razonada que opone argumentos posibles que cuestionan todo. Cualquier pensamiento puede ser un espejismo, un sueño, un delirio, un error de percepción, un prejuicio infundado, etc. Es el modo reflexivo de la razón subjetiva natural y fáctica. Lo que permite la aproximación a la subjetividad es la vuelta de la atención al yo propio y es a ese “giro” lo que llamamos abreviadamente modo Re. Uno se puede imaginar que el flujo de las vivencias es lineal (y así suele representarse) para mostrar el fluir de la conciencia en el tiempo. Si a esta línea se le intercalan pequeñísimos círculos que nacen de ella y vuelven a ella (modificando levemente su dirección) quedaría representado el modo Re, como saltos intercurrentes (dentro de la corriente), de auto-impulso, que re-visitan el flujo, observando y modificando el curso vivencial. La experiencia representada en esos círculos, ganada por ejercicio del propio yo y con su aporte, produce cambios en el vivenciar que se pueden traducir en ganancias verdaderas, o sea constituciones más o menos definitivas.

---

<sup>14</sup> Kierkegaard. *La repetición*. Psique, Argentina, 1997.

Es iluminador repasar los primeros párrafos de la Cuarta Parte del Discurso del Método y hacer el ejercicio de intercalar “Re” donde el autor consigna que se trata de una reflexión personal, de un proceso de mirar temáticamente hacia adentro de la conciencia y explicitar lo que esa mirada está mostrando: *“No sé si debo hablaros de las primeras meditaciones (Re) que hice allí, pues son tan metafísicas y tan fuera de lo común, que quizá no gusten a todo el mundo. Sin embargo, para que se pueda apreciar si los fundamentos que he tomado son bastante firmes, me veo en cierta manera obligado a decir algo de esas reflexiones (Re). Tiempo ha que había advertido que, en lo tocante a las costumbres, es a veces necesario seguir opiniones que sabemos muy inciertas, como si fueran indudables, y esto se ha dicho ya en la parte anterior; pero, deseando yo en esta ocasión ocuparme tan sólo de indagar la verdad, pensé (Re) que debía hacer lo contrario y rechazar como absolutamente falso todo aquello en que pudiera imaginar (Re) la menor duda, con el fin de ver si, después de hecho esto, no quedaría en mi creencia algo que fuera enteramente indudable. Así, puesto que los sentidos nos engañan a veces, quise suponer (Re) que no hay cosa alguna que sea tal y como ellos nos la presentan en la imaginación; y puesto que hay hombres que yerran al razonar, aun acerca de los más simples asuntos de geometría, y cometen paralogismos, juzgué (Re) que yo estaba tan expuesto al error como otro cualquiera, y rechacé como falsas todas las razones que anteriormente había tenido por demostrativas; y, en fin, considerando que todos los pensamientos que nos vienen estando despiertos pueden también ocurrírsenos durante el sueño, sin que ninguno entonces sea verdadero, resolví fingir (Re, en sentido imaginativo) que todas las cosas, que hasta entonces habían entrado en mi espíritu, no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero advertí luego que, queriendo yo pensar (Re, duda reductiva), de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando (Re, observador neutral) que esta verdad: «yo pienso, luego soy», era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmovérla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando.*

*Examiné después (Re) atentamente lo que yo era, y viendo que podía fingir (Re, reducción imaginativa) que no tenía cuerpo alguno y que no había mundo ni lugar alguno en el que yo me encontrase, pero que no podía fingir (Re imaginativa) por ello que yo no fuese, sino al contrario, por lo mismo que pensaba en dudar (Re, reducción de la duda) de la verdad de las otras cosas, se seguía muy cierta y evidentemente que yo era, mientras que, con sólo dejar de pensar (Re, reducción imaginaria), aunque todo lo demás que había imaginado fuese verdad, no tenía ya razón alguna para creer que yo era, conocí por ello que yo era una sustancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar (Re), y que no necesita, para ser, de lugar alguno, ni depende de cosa alguna material; de suerte que este yo, es decir, el alma, por la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo y hasta más fácil de conocer que éste y, aunque el cuerpo no fuese, el alma no dejaría de ser cuanto es.*

*Después de esto, consideré (Re, reducción eidética), en general, lo que se requiere en una proposición para que sea verdadera y cierta; pues ya que acababa de hallar una que sabía que lo era, pensé que debía saber también en qué consiste esa certeza. Y habiendo notado que en la proposición: «yo pienso, luego soy», no hay nada que me asegure que digo verdad, sino que veo muy claramente que para pensar es preciso ser, juzgué que podía admitir esta regla general: que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas; pero que sólo hay alguna dificultad en*

*notar cuáles son las que concebimos distintamente*”<sup>15</sup>. Nótese que es un acto de reiteración de la conciencia lo que puede establecer que algo es claro y distinto.

La expresión “Pienso, luego existo”, indica según Descartes, que la evidencia apodíctica de la existencia mía, y de cada uno, queda probada por el hecho de pensar, dado que es imposible tener pensamientos desde la nada. En este sentido el peso de la causa probatoria queda instalada por el lado de la subjetividad del que piensa, de una subjetividad natural que sería demostrativa de una subjetividad esencial. A nuestro juicio, la probatoria cartesiana en plenitud proviene de la reflexión previa (del modo Re de la conciencia) que permite llegar a la expresión “Pienso luego existo”. O sea del pensar (reflexivamente) sobre el pensar, de constatar reflexivamente el pensar que se da cuando el propio yo vuelve sobre sí mismo y toma nota de que está pensando, registra la experiencia y luego concluye el valor de existencia del soporte del pensar, todo lo cual Descartes deja expreso en el texto posterior a la frase “Pienso luego soy”. De tal modo el texto final de la reflexión quedaría así: Pienso que pienso, luego soy. “Pienso que pienso” es equivalente a “Reflexiono” o sea la evidencia apodíctica de la experiencia, lo que no hace el mero pensar no reflexivo o sentir, y en consecuencia valida la conclusión de existencia. Tampoco hace apodicticidad el mero sentir corporal y en nuestra opinión el mero pensar, si no es re-reflexivo. Esto se comprende mejor en el siguiente texto<sup>16</sup>: *“puede suceder que ni siquiera tenga ojos para ver cosa alguna, pero no puede suceder que cuando veo o pienso que veo -no distingo entre ambas cosas – no sea yo, que tal pienso, alguna cosa.”* (Otra traducción: *No puede ser que cuando vea, o lo que ya no distingo, cuando yo piense que vea, yo mismo no sea algo, al pensar*). De nuestra parte argumentamos que hay distingo entre los dos decires y que sólo se puede concluir al “pensar que veo” (modo Re del ver propiamente), pero no del mero ver a-reflexivo, que sí soy. En otras palabras, en Descartes a la evidencia apodíctica del yo soy sólo se llega en proceso reflexivo, lo que será del algún modo reivindicado por Husserl, aunque con una concepción más depurada de la acción reflexiva.

En suma, para Descartes podemos dudar del cuerpo, incluso de sus existencia, pero no podemos dudar del alma y de que soy, porque está el propio pensar y dudar para confirmar de que existo, lo que a su vez sirve de prueba de que mi alma es algo de otra naturaleza que el cuerpo, porque de éste puedo y debo dudar y no así del alma que piensa y no es nada, sino algo.

La enorme disposición de la conciencia para describir las acciones en actitud Re se puede dimensionar en la cantidad de verbos dedicados a pequeñas variantes de la intencionalidad dedicadas al Re, como las obtenidas del texto del Discurso del Método y Meditaciones Metafísicas como son: meditar, reflexionar, ocuparse, indagar, imaginar, dudar, suponer, juzgar, resolver, fingir, observar, pensar, suponer, examinar, considerar, etc. Otros ejemplos de verbos intencionales o adjetivos que se caracterizan por servir a muchos fines temáticos en modalidad reiterativa o reflexiva en el pensar natural, son: repetir, reponer, recobrar, recuperar, retornar, resolver, reunir, reciclar, retomar, reincidir, recoger, recidivar, recurrente, reinstalar, renacer, renegar, renovar, renominar, renombrar, reorganizar, reparar, repasar, repeler, representar, reprobar, reproducir, comparar, etc. todos los cuales pueden tener una aplicación a actos de conciencia. A lo cual se puede agregar lo calificado lingüísticamente como modo reflexivo: renovarse, resolverse a..., repetirse, resignarse, obligarse a..., decidirse a..., etc.

El modo Re natural vuelca la atención de la conciencia sobre los fenómenos de conciencia dando una gran funcionalidad al sistema de constitución de significado y

---

<sup>15</sup> Descartes, *op.cit.*

<sup>16</sup> Descartes, *op.cit.*

sentido. Por ejemplo, trae al presente eventos pasados, construye unidades de significado y sentido al sumar experiencias alrededor de una misma cosa, que termina siendo tal otra cosa; permite programar evitando errores, asegura cierta automaticidad en el accionar al facilitar no recordar todo un evento sino parcialidades, a veces muy mínimas y de allí generar un todo; permite anticipar, comparar, jerarquizar, analogizar, sintetizar, segregar, clasificar, crear categorías; facilita el autoexamen y la auto percatación; facilita calificar grados de evidencia y apodicticidad; obtener experiencia y generar hábitos; apropiarse del mundo natural generando conocimiento; desarrollar la comunicación, hablar y escribir: los aprendizajes científicos, musical, técnico, y de arte en general; registrar el mundo no-reflexivo, la novedad, lo no constituido aún y constituirlo.

También el modo Re puede adoptar una forma enfermiza y patológica, en personalidades mental y verbalmente repetidoras, inseguras, obsesivas. La conciencia se vuelve iterativa, recurrente, amenazada; la persona vuelve a repetir la misma acción, verifica varias veces, acompañando cada acción de una corta reflexión angustiada. Todo esto se realiza no de forma inconciente sino al revés hiper conciente, atormentadamente conciente, de una forma semi reflexiva en tanto se transforma en hábito. El mundo aparece inseguro y obliga a procurarse seguridades extremas.

### **3.- De la duda cartesiana a la evidencia husserliana.**

El modo reflexivo/reductivo en Husserl. ¿Es posible resolver el problema de la división de la conciencia? Yo interesado en el mundo, Yo observador/espectador, Yo de lo universal.

#### **a) Desde la duda cartesiana a la evidencia husserliana**

La fundamentación de una nueva calidad reflexiva en la meditación de Husserl se obtuvo del ejercicio de una auto inspección de la conciencia procurando desprenderse de prejuicios interpretativos mediante dos recursos: la reflexión y la reducción. Esta última es una radicalización de la reflexión natural y no una mera profundización de ella. Según se desprende de esta meditación auto examinadora, en la actitud natural la reducción ha sido ocultada por la estructura más a la mano que es la reflexión natural tal cual ha sido mostrado en los capítulos precedentes. El radicalismo de esta nueva forma de reflexión está en poner en cuestión algo nunca cuestionado antes<sup>17</sup> para llevar el examen de la conciencia a su nivel más profundo y extremo, que es considerar nuestra percepción e idea del mundo como prejuicios, como una unidad aceptada sin un examen plenamente convincente. La radicalidad de esta posición trasciende todas las posiciones y horizontes de la actitud y conciencia naturales y fácticas, porque la certidumbre de mundo asentado en la experiencia diaria natural está en el origen de todas las certidumbres particulares que no responden la pregunta primordial, que es: cómo la conciencia inmanente tal como es concebida en la explicación natural puede alcanzar la "realidad" trascendente ajena a ella. ¿De dónde nace la convicción de que lo que vemos es realmente lo que es? La inconsistencia surge de la nula explicación que da el pensamiento natural en relación con la convicción y aparente claridad respecto a la "realidad" con que convive la conciencia natural en circunstancia que ella misma reconoce la falibilidad de su conocer en cuanto en cada momento vacila y duda, experimenta y fracasa, desmiente y anula. En otras palabras el conocimiento natural pone como existente y absolutamente válido algo que no está directa ni verdaderamente

---

<sup>17</sup> Fink, *op.cit.*

explicado en la versión natural de la conciencia y del conocimiento en relación con la adquisición del “objeto”, él concebido como externo (percepción intuitiva) o interno (por ejemplo rememoración o fantasía intuitiva).

### **b) El modo reflexivo/reductivo (RE) en Husserl**

Para disponernos a una nueva realidad debemos llegar a un nivel de conciencia en el cual no hay nada pre dado, no hay percepciones ni a-percepciones válidas, no hay presupuestos o antecedentes creíbles para sustentar nuevos conocimientos. Hay que partir de cero, eliminando como valor de realidad o poniendo entre paréntesis todo aquello que debe ser solamente asumido, por no ser aprehendido directamente (*epojé*, reducción trascendental). Con la reducción el sujeto aspira a obtener un dato absoluto que no posea nada trascendente; la experiencia fenomenológica no conoce algo como existente “ya” en su qué y cómo es. La experiencia post reducción conoce una especie de cosas que son “en sí no existentes”, pero que al ser objetivas en la conciencia por un proceso de segunda observación devienen trascendentalmente existentes. Incluso el poner en duda el *ego* o el mundo o la mente, o el concepto tradicional de hombre, todavía el simple “ver” reflexivo de lo que da la apercepción del proceso mental relevante y del *ego*, producirá el fenómeno de tal apercepción es decir el fenómeno por así decir de percepción construida como una percepción individual válida. La experiencia obtenida y delimitada en el directamente “ver” es dada absolutamente, es un fenómeno puro en el sentido fenomenológico, limpio de toda trascendencia, que exhibe su intrínseca esencia inmanente como dato absoluto y trasparente de experiencia constitutiva trascendental de mundo<sup>18</sup>. En palabras de Husserl, tomadas de la Sexta Meditación de Fink, (texto en inglés) “...*Transforming myself through the deepest self-reflection I transcend my natural self-apperception as a human I-in-the-world, by producing the transcendental onlooker, as which I as such do not go along with the belief in the world with theses on being held by the world-experiencing human I. Rather I take a look at that belief in the world in such a way, namely that I inquire back behind the “world character” of world-believing life, behind humanness, and thereupon reduce that life to the transcendental constituting experience of the world that was concealed by the aperception of the human*”.

En consecuencia la fenomenología de la conciencia exige estar siempre en guardia para desconfiar de lo meramente mentado que contamina a lo propiamente “visto” e intuido directamente. La conciencia trascendental establece los límites y supuestos de la conciencia de lo evidente-de-suyo, lo dado ahí como ello mismo (*originaliter*), que debe servir de soporte a todo otro quehacer de la conciencia. Desde luego y más a la vista está la intuición de la evidencia de la actualidad perceptiva, sensorial, directa, fluyente, ocasional. Esta incluye de un modo más abstracto e indefinido en su horizonte a la intuición de la evidencia de mundo (como totalidad) aceptando por ahora todas sus imprecisiones e indeterminaciones, pero sólida en su convicción de ser experiencia trascendental. La evidencia actual puede hacerse habitual por sucesivas experiencias coherentes y con ello contribuye a afirmar el sentido de objeto existente en la conciencia trascendental, constituyéndolo como tal: un ser en sí, uno y lo mismo.

Si se pretende fundamentar solidamente la posibilidad del conocimiento, o sea hacerlo “científicamente”, no deben emitirse juicios que no se hayan obtenido de experiencias con evidencia. A diferencia de la actitud natural, lo inmanente es para la conciencia trascendental aquello que se nos da en plenitud, lo que se “ve” ampliamente

---

<sup>18</sup> Edmund Husserl. *La Idea de la Fenomenología*. ( Lección 5). FCE, México 1987.

considerado (“con los ojos del espíritu”, aprehendido, “*seeing*”), lo perfectamente a la mano que se da a sí mismo, lo que queda después de una rigurosa reducción depurativa fenomenológica, o sea el fenómeno de conciencia en sí. Para la conciencia trascendental lo trascendente ha sido despejado por la *epoché*, siendo exactamente lo que no se puede usar para fundamentar con validez absoluta una teoría del conocimiento incluyendo la relación del mundo externo y mundo interno.

En el modo descrito de una reflexión profunda el yo puede suspender el juicio de realidad respecto a lo intuido, pero no puede suspender la evidencia que le dan los meros fenómenos como aparecen en la conciencia (“a las cosas mismas”). La *epoché* también muestra aquello de lo cual el yo se ha apropiado, las vivencias puras (vida en cuanto conciencia de mundo, incluido el yo mismo), de constituciones (¡de ahora en adelante palabra clave!) más o menos permanentes que hacen de cada individuo su impronta, su sello, sus habitualidades.

En esta especial situación se puede contemplar el *alter*; la fina descripción del fenómeno mismo del darse en la vivencia muestra que lo objetivo aparece siendo evidente en el fenómeno, pero no como un trozo o parte separada del fenómeno sino en unidad. Esta unidad incluye, además de lo actual presencial, una temporalidad con retención, recuerdo y anticipación que se extienden más allá del punto ahora: hay duración y variación.

Se da también una síntesis pasiva y activa en el proceso constituyente primario o derivado (inmediato y mediato). La presencia de elementos (objetos) en la experiencia subjetiva (mostración en la vivencia) siempre se da con algún grado de incompletud (a-presentación y a-percepción), del cual puedo o no percatarme inicialmente; es algo que se presenta más allá de lo verdaderamente “visto” o percibido de cualquier manera (trascendente). En el proceso de aprehensión directa el yo acompaña con un proceso de verificación, tendencia a la plenificación de menciones vacías y co-menciones sugeridas, que se produce de modo intencional surgido de la relación noema (cosa así dada en la experiencia) y noesis (conciencia atenta, movida por llamatividades, acciones sugeridas por recuerdos o síntesis espontáneas o dirigidas, todo ello intencionalmente dirigido, tomando de lo constituido y dando a la cosa dada significado y sentido). Hay un percatarse más sutil y actual develado por el análisis profundo de la experiencia sensorial y cognitiva, que se produce en todo momento de la relación del yo con el mundo.

En la mera presentación de cualquier algo (del mundo interior o exterior) que es de algún modo percibido o pre-percibido, éste algo se anuncia con “defecto”, con imprecisiones, imperfecciones o simplemente con menciones o anuncios de que el proceso de tal experiencia es perfectible, lo cual motiva una plenificación, rellene, complementación, que el lado intencional del sujeto ejecuta instantáneamente, no dirigido hacia la cosa misma, que es desde luego inicialmente inmodificable, sino a la forma de experimentar la cosa reponiendo, suponiendo, reuniendo, remodelando la experiencia hasta hacerla congruente, coherente, con significado y sentido asumidos como plenos o relativamente plenos. En este punto la conciencia, volviendo creativamente sobre la experiencia y en alguna medida volviendo sobre sí misma, va tejiendo una armonía del vivenciar que le permite no sólo entenderse en el tiempo consigo misma, con sentido de unidad, sino también comunicarse con otros considerados análogos “consigo mismos”, *alter egos*.

¿Cómo procede esto en la conciencia trascendental? La investigación fenomenológica es el despertar a un preguntarse después de agotada la actitud natural, aunque siguiendo la pauta a-perceptiva de la reflexión natural. Tal pauta a-perceptiva da una pre comprensión del fenómeno. El yo viviendo en el mundo natural con sus a-

percepciones se transforma, gracias a una reflexión radical, en un meditante que no comulga con las interpretaciones del mundo del yo natural y que busca más allá de esa interpretación, (que no es más que una creencia en el mundo), lo que se encuentra en una vida que constituye su experiencia de mundo de un modo trascendental. Sin embargo no debe considerarse la meditación trascendental como un paso más allá de la reflexión natural, sino como una estructura de conciencia antes disimulada que trasciende la subjetividad natural que la ha estado escondiendo, por la forma como el ser humano ha reflexionado sobre sí mismo en el modo natural. La nueva exigencia y radicalidad consiste en anular completamente los conceptos naturales de hombre y de humanidad<sup>19</sup> hasta alcanzar una libertad absoluta exenta de prejuicios y de las continuas a-percepciones de la auto comprensión como ser humano; todo ello para dar un salto cuantitativo de trascendencia en la auto reflexión que pone en duda lo que nunca se pudo poner en duda en la reflexión natural, digamos cartesiana.

Peculiarmente la actividad reflexiva reductiva fenomenológica nunca es motivada por razonamientos mundanos sino por las posibilidades fenomenológicas de alcanzar el auto conocimiento. En suma, la experiencia y subjetividad ahora trascendental se basan en la abstención en la creencia natural de mundo y la aceptación de que la idea de ser-existente y mundo-existente es un prejuicio o sea una unidad conceptual aceptada, pero no examinada, asumiendo genuinamente el cautiverio de la aceptación o las consecuencias de la ruptura con él. En la vida natural este tipo de comprensión no es dada, ni pre dada, ni tiene sentido y además las reducciones parciales o temáticas que suelen hacerse en el pensar natural no tienen ningún efecto transformador.

Con la potencia reflexiva del reflexionante por esencia (esfuerzo que cada uno debe hacer y someterse para bien aprehender la conciencia trascendental), nos desprendemos de las interpretaciones del mundo en su explicación natural (universo relativo y abstracto, constructos aceptados en sí) y del estado cautivo de la conciencia en esas explicaciones, ganando un inmenso campo temático concreto y trascendental resultante de la reducción que consigue una liberación y apertura a todo lo que realmente, y en el mejor sentido, “es” (es en un sentido reducido y no natural, o sea dado a la conciencia trascendental)<sup>20</sup>. La correcta interpretación de la *epojé* corresponde a la reflexión trascendental del yo, mantiene el mundo ajeno a la absolutización que le otorga la actitud de reflexión natural en la unidad que da su aceptación constitutiva en la conciencia<sup>21</sup>. La meditación nos debe conducir a pensar, no asumiendo la condición como la de un ser humano pensante, sino como pensante puro, como un pensar puro pudiera darse en mí u otro. De tal manera que dejo de ser un humano pensando siendo ahora una conciencia pura pensando, anónimamente. Este modo de meditar hace que el pensante vea a través de las apariencias de lo natural, o sea distinto a cuando el pensar natural toma la apariencia como realidad existente a priori. Sin este nivel de reducción no se puede comprender la fenomenología. Si la reflexión se estaciona en la explicación de mi yo como existente humano, todo lo demás será igualmente existente y la lectura fenomenológica será incomprensible porque el lenguaje será natural desprovisto de su sentido trascendental.

Debe enfatizarse que en el modo reflexivo reductivo no se pierde la experiencia del mundo sino aquella forma cautiva interpretativa que el hombre ha utilizado hasta la fecha, que es como el universo (“sitio”) de todo lo existente en sentido natural, versión

---

<sup>19</sup> Fink, *op.cit.*

<sup>20</sup> Fink, *op.cit.*

<sup>21</sup> Fink, *op.cit.*

ciega y cerrada a lo verdadero que es (“es” ahora en sentido no natural sino trascendental) el universo de lo verdaderamente existente de lo cual mundo es un estrato abstracto que debe ser bien comprendido cuando la abstracción es llevada a su mayor concreción trascendental<sup>22</sup>.

Lo estrictamente evidente y claro es que las intuiciones trascendentales están como “ante mis ojos”, en actos puros de ver y captar, como datos puros, como seres que están aquí. La percepción así obtenida y delimitada en tal directamente “ver” es dada absolutamente, es un fenómeno puro en el sentido fenomenológico, limpio de toda trascendencia, que exhibe su intrínseca esencia inmanente como un dato absoluto. En otras palabras, el fenómeno del conocimiento como dato puro no está en duda, el fenómeno puro no está fuera del conocimiento ni de la conciencia; la evidencia de la existencia de la *cogitatio* a partir de mi *cogitatio* se da como un dato absoluto que ya no tiene nada de trascendencia, es un fenómeno puro (no psicológico) con una realidad efectiva objetiva con validez de existencia porque es aprehendido directamente en forma clara y distinta en la experiencia reflexiva reductiva.

**c) Distinciones de lo que se constituye como propio, como ajeno y como más o menos ajeno.**

El yo mismo que porta en sí el mundo como sentido válido es el yo trascendental que se corresponde con el yo después de la *epojé*. A diferencia de la subjetividad natural (psicológica), la expresión subjetividad trascendental se aplica a los elementos constituidos en la conciencia que han devenido propiedad del *ego* trascendental (aunque hay otros que el yo constituye como extraños a él), que contribuyen al diseño de su individualidad, habitualidad, personalidad, lo permanentemente constituido, lo que es de propiedad del yo, la singular forma de ver/pensar/soñar/etc., el ser así de este modo y no de otro modo, la cuota de deber ser, posibilidades de intersubjetividad desde este polo yoico, etc.

Yo existo para mí mismo y me soy dado continuamente como yo mismo en continua autoconstitución. Se pueden distinguir en la subjetividad trascendental elementos constituidos como ajenos incluyendo todo lo que permanece en el ámbito trascendental, parte de la inter subjetividad trascendental, los otros genuinos (*alter ego*) y la comunicación de las subjetividades mediada por la empatía. Se constituye como propio lo que se ha constituido en el yo con sentido, significado, explicabilidad, comprensibilidad, posibilidad de continua verificación, clara valoración, constitución ética, etc. Constituyo como propio un mundo formado por un estrato unitario fundante, coherente, continuo y concordante, que es el fenómeno mundo, que también da pie a la constitución, esta vez como extraño, a lo mundanal que es experimentado como objetivo, ajeno y trascendente<sup>23</sup>.

Parecidamente se constituye como propia una naturaleza que no es precisamente la objetiva y a la mano de cada “otro” (*alter ego* en lo que es la mera corporalidad), sino la que resulta de la abstracción de todos los predicados objetivos. Dentro de la propiedad se constituye como muy propio y con gran preeminencia el cuerpo orgánico, con el cual el yo experimenta directamente cinestésias, respuesta a instrucciones, actividad perceptiva inmediata, una unidad psico-física con lo cual se completa integralmente la esencia propia: el yo en cuanto hombre con todos los significados de valor y de obra<sup>24</sup>. Cada una de estas calidades se constituye como un universal “para

---

<sup>22</sup> Fink, *op.cit*

<sup>23</sup> Fichte, *op.cit.*

<sup>24</sup> Fichte, *op.cit.*

mí”, dando lugar a mi mundo trascendental, mis conceptos, mis valores, mis ilusiones, etc., esencias que a la larga se dan en la conciencia también como evidentes. En una apercepción mundanizante se constituye lo que en cada caso es objetivo, como psiquis; lo constituido que existe como de mi propiedad (mundo psíquico, algo psíquico) lo que constituye a su vez el yo humano. La psiquis es algo secundario desde el punto de vista trascendental<sup>25</sup>. Se constituye temporalmente como extraño al yo lo que no cumple las menciones previamente enunciadas, o sea lo que se da como inaccesible en plenitud y originalmente: el “otro” cabal que es más que su cuerpo orgánico y sus demostraciones psíquicas por lo cual es constituido como con una conciencia igual a la mía tanto así que no sólo me dirijo a él con mis propios conceptos que él comprende sino a quien a veces le habla mi voz interior a sabiendas que me entendería si me oyera en realidad. También esta la constitución de los otros que es más que la suma numérica de sujetos con cuerpo orgánico, y adicionalmente todo lo inquietante, lo de un lugar extraño, lo desconocido, etc. La subjetividad está trascendentalmente constituyendo y trascendentalmente constituida (humanamente mundanizada, en el mundo que constituyese en ella).

Lo constituido en la subjetividad trascendental por la experiencia, que son objetivas unidades de sentido de la constitución del mundo, tiene cualidades de existencia que la distinguen de lo existente aprehendido en la actitud natural, es una existencia trascendental. De este modo, ser, existente y mundo sólo pueden ser comprendidos como constituidos en la subjetividad trascendental a partir de experiencias y no como revelaciones abstractas tal cual son presentadas en la conciencia natural, sin otra explicación. Todo lo constituido se constituye como existente-en-el-mundo y el conocimiento mismo se constituye como existente. Más aún la relación entre objeto existente constituido siempre en posibilidad de cambio (esto vale incluso para el conocimiento teórico) y el conocimiento de objeto constituido mismo son existentes en sí; la relación entre dos existentes es fenomenológicamente un existente.

La auto constitución es permanente, es un “proceso” aunque no estrictamente en el sentido otorgado en el uso natural de esta palabra. El yo fenomenologizante (el observador neutral cuya misión es de nivel superior en el sentido de constituir la experiencia teórica trascendental y auto clarificarla en las fuentes dadoras de sentido; no seducido por el mundo como el yo que constituye mundo en la conciencia) constituye mundo dando sentido en dos direcciones: 1. la constitución de objetos (no en el sentido natural sino como objetos de conciencia o fenómenos) como unidades idénticas en una multiplicidad de mostraciones, perspectivas, modos de donación, etc. o sea mundo externo circundante constituido; y 2. constituye el carácter mundano de la subjetividad como constitución de humanidad, como la auto percepción de sujeto constituyente con el sentido de hombre existiendo en el mundo<sup>26</sup>: *“La constitución de mundo es constante y va produciendo el sentido de mundo de tal forma que la subjetividad constituida esta permanentemente “mundanizada” y constituida como humanidad, como la totalidad de los humanos vivientes con otros, teniendo experiencias, pensamientos, acciones, siempre en relación con otro(s), con cuerpo y alma, al mismo tiempo objetos que pueden ser temáticos en la reflexión y autorreflexión en un examen regresivo. La subjetividad siempre se constituye como humanidad, el ego concreto no se constituye simplemente como individuo, como yo-hombre, sino mundanizado dentro de la constitución de mundo, en la cual es el yo-centro de toda constitución, es el yo-que actúa, en virtud de movimientos empáticos, acoge en su existir y ser a otros yo-centro*

---

<sup>25</sup> Fichte, *op.cit.*

<sup>26</sup> Finck, *op.cit.*

en la modalidad de otros sujetos, por así decir co-sujetos que se suman a la constitución del mundo objetivo. El ego que se constituye en la conciencia como yo, yo mismo, sólo puede ser-siendo-en-el-mundo en forma humana, como yo-hombre, yo-persona (con un mundo psíquico) como resultado de todo el proceso constitutivo dador de sentido” (Comentario a Husserl, en Finck, *op.cit.*)

El uso y significado/sentido de existente en estos casos es distinto al uso y significado/sentido de existente de la conciencia natural. En efecto, el análisis fenomenológico muestra que el modo de existir (o ser) de lo constituido trascendentalmente es proyecto (pre-ser, pre-óntico, meóntico, no-todavía, algo-que-va-a-ser), nunca plenamente determinado o acotado, es lo “en sí” no existencia, o dicho de otra forma, la inexistencia real, un modo de no-ser todavía. En otras palabras, lo existente trascendental es constituyéndose; lo existente trascendental es lo en sí todavía inexistente. Es sobre lo constituido/constituyéndose que se aplica la reflexión trascendental (¡no sobre experiencias!), sobre lo que no es en plenitud existente actual y que por la acción reflexiva es objetivado “productivamente” y trascendentalmente, sacándolo de la condición de pre-ser que le es propia y objetivándolo por primera vez, es decir, ontificando el proceso de la subjetividad trascendental desde lo pre existente<sup>27</sup>. Esta “inestabilidad existencial” se da por la relación noema noesis y el a priori de la correlación que se configura entre lo presentado/a-presentado y lo percibido/a-percibido en el fenómeno que relaciona la conciencia con el mundo: la conciencia natural es experiencia, la conciencia trascendental es constitución. Esto aplica también para el *eidós* trascendental: las esencias trascendentales no son a priori en el sentido de ser previas a una objetivación que pueda convertirse en ideas: ellas están en continuo proceso constituyente.

En esta visión, la reducción fenomenológica está auto condicionada, se presupone a sí misma, obliga como presupuesto a tener la convicción o visión trascendental de que “el ser en el mundo como un todo, yo incluido, es un prejuicio”<sup>28</sup>, lo que obviamente es una concepción inalcanzable desde la experiencia natural pura y nos habla claramente de una conciencia sustantivamente fundante. Está en *juego* la veracidad de la afirmación que el conocimiento fenomenológico nunca es motivado por lo mundano sino siempre por el conocimiento fenomenológico, si entendemos motivación no en el modo natural<sup>29</sup>.

Existe una forma de evidencia total, la apodicticidad, que se da cuando la presentación que origina una experiencia, no ofrece reparos ni menciones vacías, incluso que no se puede pensar ni imaginar su opuesto como verdadero: la más patente es la convicción de que yo soy en cada momento que lo pienso y que me lo pregunto. Si yo pretendo abstenerme de esa primera convicción éste abstenerse es lo que es y está en la corriente de mis vivencias. El yo no ser, es en consecuencia, impensable. El yo es lo único que escapa a la necesidad de una reflexión autenticadora, pero está en permanente explicitación de sí mismo por medio de la experiencia trascendental del mundo y sí mismo.

En esta especial situación se puede contemplar el *alter*, el pensar mismo en su actualidad fenoménica (de allí fenomenología), describirlo sin ejecutar modificaciones en la vivencia directa y original, pero resultando ésta finalmente alterada asociada a una nueva experiencia vivencial. Un concepto más evolucionado de la *epojé* incluye en la reducción no sólo a la mónada meditante sino al universo de mónadas constituidas en la

---

<sup>27</sup> Fink, *op.cit.*

<sup>28</sup> Fink, *op.cit.*

<sup>29</sup> Fink, *op.cit.*

conciencia co-existiendo en el presente *ego* trascendental, con los “otros” trascendentales que me son mostrados por mi experiencia de lo distinto o ajeno (reducción intersubjetiva) y con la comunidad de otros que forman mi mundo<sup>30</sup>. Este horizonte descriptivo es más cercano a la vida existente real del hombre en el mundo.

Finalmente, el nivel eidético es posible, porque todas las experiencias de intuiciones van acompañadas de un elemento propio de la conciencia que está más allá (o acá) de la mera percepción o fantasía, que es un plus obligado y que son las constituciones objetivas universales mencionadas previamente, que completan el absoluto darse de las cosas mismas en la conciencia (verlas en la conciencia a partir de las singularidades) desde este momento conciencia trascendental en cuanto completa con la constitución de universales, de su propia cuenta, el acto completo del conocimiento.

#### **d) El análisis reflexivo genético del fenómeno de conocer**

El análisis reflexivo genético del fenómeno de conocer muestra que los conceptos, las categorías, la esencia, el significado y el sentido entre otros son especies de una intuición genérica vasta que se va constituyendo en el curso de experiencias y se da en la conciencia en toda instancia de *cogitatio*. En palabras simples, las cosas (cualquier algo o estado de situación o complejión de vivencias) se dan y muestran “ya” adecuadamente con significado, sentido, esencias implícitas, categorías, temporalidad, duración etc. y en intencionalidades variables (perceptivas, rememorativas, fantasías, judicativas, asociativas, síntesis, etc.); no existe el sólo ver, se ve con sentido. “*Esta casa es una trascendencia y sucumbe, en lo que hace a su existencia, no a la reducción fenomenológica*”<sup>31</sup>. En nomenclatura husserliana el conocimiento, siendo un acto, acción o experiencia unitaria y misma, tiene una vertiente noemática (lo que se muestra, lo que aparece tal como aparece) y otra noética (el aparecer mismo con su realidad universal incluida, portando lo esencialmente ya constituido). Vale la pena agregar que la reflexión reductiva permite observar que lo propiamente noético se vuelve noema, en algún sentido se cosifica, al obtener definiciones objetivantes, lo que la conciencia intuye como primera evidencia de su unidad fundamental sólo reconocible por el análisis fenomenológico.

Hemos llegado desde el “hecho” al “cómo”, desde la oscuridad del imposible explicar el alcanzar desde la conciencia a los hechos que ofrece el pensar natural, a la claridad del fenómeno que correlaciona apriorísticamente “lo que aparece” con el “aparecer mismo” denominado también “aparición” (G Deleuze).

La reducción trascendental ha entregado el único dato absoluto, que no ofrece nada de trascendencia, un fenómeno puro, la *cogitatio* pura a la cual podemos observar después de reducir o hacer abstracción del yo; ella es lo que es y vale, haya o no algo así como realidad efectiva, lo existente en sí para mí, aquello que yo puedo mentar sin vacilar, con claridad y evidencia de que es así para mí, lo visto por mí mismo. En esta situación el referirse a lo trascendente es un carácter interno del fenómeno, también desconectado el sujeto empírico (“humano inhumano”).

#### **e) El verdadero giro copernicano del pensamiento husserliano**

El verdadero giro copernicano del pensamiento husserliano está dado por la descripción del fenómeno de la generación del sentido y significado aplicado al proceso de constituir esencias (idealidades trascendentales) y de la capacidad de la conciencia

---

<sup>30</sup> Fink, *op.cit.*

<sup>31</sup> Husserl, *op.cit.*

trascendental de dar sentido y significado a unidades elementales y complejas derivadas de su repertorio creciente, variable, perdurable o transitorio. Las idealidades en su germen se constituyen, “Al fijar un objeto cualquiera en su forma o categoría cuando se mantiene constantemente en evidencia la identidad del mismo en medio de las variaciones de sus modos de conciencia; se muestra entonces que estas variaciones aunque sean muy fluyentes e inaprensibles en sus elementos últimos, de ninguna manera son arbitrarias, permanecen siempre ligados a un tipo estructural que es inquebrantablemente el mismo, tanto cuanto permanezca consciente la objetividad precisamente como ésta y como conformada de tal suerte, y tanto cuanto ella deba poder persistir en la evidencia de la identidad a través de la variación de los modos de la conciencia”<sup>32</sup>. La universalidad resultante de esta variación imaginaria constituyente, que puede ser obtenida y sucesivamente corregida y/o confirmada en múltiples experiencias, es una idea universal, una esencia, un concepto, también evidencia, siempre a la mano noéticamente al momento del llamado noemático para producir la correlación que se da a sí misma en la vivencia actual con absoluta evidencia.

Auto observando la plasticidad de la conciencia trascendental y natural (que son una sola en la realidad de la apertura que da paso a la aparición), es sugerido por la misma conciencia un modo/estado pre-existente, más inclinado a lo trascendental y un modo existente más inclinado a lo natural. Lo pre-existente (ahora imaginemos un laboratorio creativo de cosas nuevas) se constituye en la conciencia trascendental con significados y sentidos preliminares aprendidos, imaginados, producto de síntesis, producto de analogía, etc., idealidades puras, todavía mal definidas, en proceso de constituirse como existentes, continua temporalidad de desarrollo, transformación, involución y extinción. Pueden ser desde su origen pre-entes (algo, lo ahí, real o abstracto), “obligados” por la exposición o dación de la *hyle* y “obligados” por la conciencia trascendental, que siendo estructuralmente abierta es primordialmente dadora de sentido y significante no sólo de elementos aislados o agrupados sino más elevadamente dando sentido y significado a procesos, situaciones, mundo y vida de mundo. De pre-existente devienen existentes (trascendentalmente) objetivables cuando el proceso constitutivo los lleva al estado de entes con significados y sentidos asumidos, aunque siempre relativamente “en curso”, y percibidos como propios o extraños, en un modo ontificado.

Esto no aclara lo que el significado y sentido son primariamente. Entonces, ¿qué son? ¿En qué consiste esa obligación comprensiva que dan el significado y el sentido sin la cual no hay mundo ni conciencia?

Debemos considerar que es un dato de la vida natural que habito un mundo que me es de suyo familiar y comprensivo o comprensible en sus posibilidades. También es un dato que nos comunicamos en un mundo inter subjetivo de comprensión mutua relativa. Es otro dato que la conciencia natural busca explicarse a sí misma y la naturaleza de una forma comprensiva para todos. El significado y el sentido parecen estar a la mano y que se trata de sólo buscarlos y aparecen precisamente porque la conciencia trascendental es/está para constituir con esa doble condición con significado y sentido.

En esta meditación hay en mí algo/alguien que pregunta, que pregunta ahora por el sentido y significado de “sentido y significado”. Ese algo/alguien ha objetivado (en sentido natural) el sentido y significado de “sentido y significado” para encontrar una explicación comprensiva de “sentido y significado” en sus aportes a la constitución de

---

<sup>32</sup> Husserl, *op.cit.*

la conciencia. De la misma manera ese algo/alguien está siendo objetivado en su capacidad explicadora/comprendiva que le permitan explicarse/comprender lo que significado y sentido son. Del mismo modo ese algo/alguien en su pensar natural ha decidido previamente que sentido y significado son algo “en sí”. Esta última afirmación está desmentida en la fenomenología de la conciencia trascendental dado que todo está ocurriendo en una modalidad de no-ser, no-existente real, pre-óntico, meóntico, en un a priori de correlación noema/noesis y correlación no-existente/existente. En consecuencia la comprensión es inasible para la conciencia natural, sólo asible desde la conciencia trascendentalmente entendida. Desde esta perspectiva la conciencia trascendental da significado (lo relativamente invariante a partir de la variación) y da sentido (a partir de lo invariante relativo) por un modo veladamente productivo que sintetiza, analogiza, congrega, compara, discrimina, separa, repite, borra, relaciona, imagina, clasifica, crea desde una presunta nada previa, goza de libertad, pone a disposición de la vivencia actual, genera planos eidéticos superiores. Nada de esto es *a priori* y todo es en proceso que sólo se completa al morir.

A esta base germinal de constitución de esencias la conciencia trascendental completa la tarea constitutiva integrándola con significado y sentido en una función que se describe como: 1. experiencia productiva profunda de la conciencia trascendental, 2. constituyendo mundo de la vida con sentido auto percibido como tal en la experiencia trascendental, con participación inter subjetiva, que incluye mundo y cultura, 3. el significado y sentido se constituyen como una clase eidética superior dado su propiedad integradora, coherente, congruente en sí misma y en sus unidades, y 4. muy importantemente, todo esto ocurre en forma no a priori precisamente porque se va constituyendo y transformando en el tiempo trascendental de la conciencia<sup>33</sup>.

#### **f) Una forma de evidencia oculta a la vida natural**

Una forma de evidencia oculta a la vida natural, pero omnipresente en la conciencia trascendental es la intuición de esencias de tipo *categorial* que ordena, clasifica, jerarquiza, valora, da sentidos y significados más elementales en su nivel más puro, universal, autónomo, que en sí asumen en la conciencia calidad de objetos mismos.

Se ha concebido que en la productividad de estos modos superiores de la conciencia generadores de sentido y significado participa el “observador ingenuo” en sí no-constituyente de elementos de la conciencia trascendental a veces referido como “él o de él” (*he or him*) otras como “eso o de eso” (*it or its*) lo que habla de su actuar desde el anonimato, es decir sin nombre, sin identificarse, en su funcionalidad de retro inquirir necesario para el “despertar” de esta forma de ser-para-sí-mismo-esencial. Esta indefinición de la propiedad más esencial del observador es parte de su más genuina dificultad descriptiva, porque alude a su humanidad trans humana, en relación con su tarea y el objeto de su tarea que es constituir la conciencia trascendental profunda. El observador establece la diferencia entre lo cuasi dado de los objetos trascendentes recogidos en la actitud natural, y la donación plena y directa del fenómeno tal cual se presenta en la conciencia trascendental asumiendo el ejercicio pleno y vigencia de lo ya constituido y lo constituyéndose que es finalmente lo único verdaderamente existente: las cosas mismas integradas a su significado, sentido y motivación.

En suma, los momentos básicos del develamiento de la conciencia trascendental son: la abstención en la creencia natural, la aceptación absoluta del constructo “creencia” como mera expresión de la conciencia natural; la validez de una reflexión

---

<sup>33</sup> Fink, *op.cit.*

regresiva metódica construyendo una genealogía de lo no *a priori* empírico; la necesidad de una clarificación profunda de las ideas de ser y mundo desde la perspectiva trascendental; la ganancia temática sobre la conciencia después del desplome en la creencia natural como fuente de evidencia; la comprensión que el fenómeno de mundo no desaparece sino al contrario se incorpora en plenitud en la unidad de la subjetividad trascendental (no hay separación de mundo y subjetividad); que la subjetividad trascendental es la única existencia real o inexistencia real trascendental; que ahora la inmanencia humana debe ser entendida en esta nueva esencialidad (“subjetividad trascendental constituyente envuelta en auto apercepciones mundanizadas por así decirlo estacionada en el mundo”)<sup>34</sup>; que la subjetividad trascendental sólo puede ser bien comprendida por su permanente constitución de su producto final, mundo<sup>35</sup>; que por la naturaleza misma de la subjetividad trascendental la conciencia no alcanza nunca el rango de apodicticidad sino es siempre cuestionable, ambigua, no al alcance de una percepción absolutamente clara y distinta ni puede ser original con la única excepción del yo mismo; que en el detalle de los procesos constitutivos se hace evidente la reflexión regresiva de una conciencia con sedimentos co-funcionantes; que la integración de los sedimentos contribuye a generar el en-sí-mismo de los objetos y su independencia de ser respecto a la percepción actual<sup>36</sup>; que la constitución de esencias adopta modalidades específicas en constituciones que dan sentido y significado, clases y categorías a toda experiencia trascendental; que la subjetividad trascendental está capacitada para hacer del yo mismo un “tema” y del otro (*alter ego*) otro trascendental revelado a mí por analogía y empatía<sup>37</sup> y finalmente que todo estos es aprehendido y regulado por el modo de conciencia “observador trascendental” como se verá a continuación.

#### **g) Un yo observador/espectador y un yo interesado en el mundo.**

La esencia, en la conciencia trascendental, es el resultado de una productividad constituida por el “observador” que da forma lógica a la experiencia de lo preexistente o pre ser, en constructos válidos ontificados<sup>38</sup>. Constituyo tal cual como “experiencio” (vivencio) y “experiencio” (neologismo que huye de la expresión “experimento” y que puede corresponder a “vivencio”) tal como he constituido y constituyo. Con lo expuesto se puede vislumbrar el abismo que separa estas tres expresiones a pesar de darse en unidad: experiencia natural, experiencia teórica (v.g.: científica) y experiencia trascendental. Una cuarta experiencia es la propiamente científica fenomenologizante (fenomenología de la fenomenología), cuando el observador tematiza y hace teoría y ciencia de las formas lógicas de la experiencia reflexiva, reductiva, regresiva.

#### **4.- Pensando en el filósofo fenomenólogo**

Si el yo es capaz de efectuar la reducción trascendental (*epoché*) es capaz también de anónimamente (observador no constituyente) retro preguntarse y ser-para-sí-mismo, cambiando el sentido constituyente de “ser-fuera-de-sí y ser-en-sí-mismo” a “ser-para-sí-mismo y mundanizarse” en un *telos* temático de todo lo constituido de ser-en-el-mundo. Es un imperativo que cursa trascendentalmente en la siguiente secuencia (sólo con fines descriptivos): despertar, necesidad de auto clarificación, preguntar

---

<sup>34</sup> Fink, *op.cit*

<sup>35</sup> Fink, *op.cit*

<sup>36</sup> Fink, *op.cit*

<sup>37</sup> Fink, *op.cit*

<sup>38</sup> Fink, *op.cit*

teóricamente por las fuentes de sentido, volverse-hacia-sí-mismo, permanecer en la unidad de vida trascendental junto al yo-constituyente pero como yo-reflexivo independiente de él y del modo de mundanización primario/propio que él efectúa apremiado por la necesidad (auto generada) de mundanizar y objetivar el conocimiento de la subjetividad trascendental, incluido su componente inter subjetivo, para hacerlo accesible y ciencia, o sea una mundanización secundaria impropia.

En este segundo momento se dan verdades aparentes (mundanizadas en la vida natural, por ejemplo “subjetividad aparente”) en contraposición con las verdades trascendentales propias de la conciencia reflexiva reducida que es la más propia instancia comprensiva de la subjetividad trascendental que puede dar pie a una teoría humana que interpreta a lo humano<sup>39</sup>. La fenomenología habría puesto en evidencia la intimidad del sí mismo en su capacidad de constituir mundo en una subjetividad creativa de mundo con la capacidad de tematizar sus proposiciones en la forma de un conocimiento científico mundano por su capacidad de ver y comprender a través y más allá de las apariencias, que son en sí tan ciertas como realidades últimas para el conocimiento natural. Se deduce que hay verdades trascendentales y verdades aparentes, las que son constituidas por el yo trascendental y el observador por un lado y el yo-natural-humano por el otro lado: ambos sujetos fenomenologizantes.

La reflexión trascendental de este nivel supone un yo en cierto sentido desdoblado, el observado y el observador, en una reflexión que no tiene nada de pensamiento conciente dirigido por una persona sino en un proceso cognitivo sin pausa de la subjetividad trascendental, sin motivaciones mundanas, denominado método eidético de la fenomenología. El yo trascendental observado es constituyente y el observador no constituye elementos individuales (objetos, elementos) pero, en la medida de que no está cautivado en el mundo natural, contribuye a la constitución del yo-siendo-en-el-mundo, provocado como se ha dicho por una necesidad de autocomprensión y auto clarificación y de inquietud meramente teórica que lo mueve a desplazarse a los orígenes de la constitución del hombre como ser mundano, al carácter mundano de la subjetividad, a la participación de la subjetividad en la humanidad, en la vida del hombre existiendo en el mundo que incluye el mundo inter subjetivo. La propia conciencia y el mundo perceptivo trascendental son motivo de presentación y examen al observador y se incorporan a mi inmanencia, percátame o no de ello (experiencia trascendental).

Se puede decir también que la reflexión trascendental permite la reducción trascendental que es un transformarme a mí mismo, por el cual el *ego* mismo, además de acoger trascendentalmente cosas intuitivas pasa a ser trascendental él mismo, y entonces el propio *ego* es capaz de develar la intersubjetividad trascendental co-existente<sup>40</sup>. Es la auto-comprensión trascendental de sí mismo, y de lo que se da inherentemente con ese sí mismo que es la subjetividad de los otros, la comunidad y el mundo existente lo que permiten al yo vivir en la objetividad y “aparecer” en el mundo en el horizonte de la actitud natural<sup>41</sup>. El observador puede concluir tras la reducción que a la convicción casi apodíctica de lo ideal (*eidós*) de la actitud natural se opone una constitución trascendental horizontal permanente donadora de sentido que en sucesivas clarificaciones renueva constituciones en el modo de ser meóntico (pre-ser) propio de la constitución trascendental en lo que fue descrito como proceder productivo del observador. El resultante “*eidós*” no es como en la actitud natural un *a priori*, no es

---

<sup>39</sup> Fink, *op.cit*

<sup>40</sup> Fink, *op.cit*

<sup>41</sup> Husserl, *op.cit*.

pre-dado, ni es rememorado. El *eidós* trascendental es el resultado de una ontificación de puras posibilidades de lo que es preexistente efectuada por el observador.

#### 4.1.- El observador, ¿qué es?, ¿existe trascendentalmente?

Lo pensado en la Sexta Meditación es aquí mostrado en una visión personal. En una primera interpretación natural (psicológica) podría pensarse que el observador tuviera alguna semejanza con el *alter ego* interno, al que antes denominamos el hablante, o incluso que el *onlooker* trascendental y el yo hablante natural fueran el mismo, alguien con el cual mi yo puede conversar y confiar en la más secreta interioridad, para por un lado buscar y encontrar una segunda opinión, una opinión menos contaminada con la propia vida natural, tan llena de prejuicios culturales y arquetipos científicos, locales y universales, actuales y pretéritos; él sería un observador menos vulnerable a la afectividad y la volición circunstancial, capacitado para discriminar y segregar prejuicios esenciales, estaría dotado de una ética primordial (quizá una ley moral), de un equilibrio de juicio partícipe de una armonía universal parecida al sentido común, a la ética universal.

En esta preliminar consideración naturalista, este yo espectador y consejero debería él estar también en una condición temporal *sui generis*, por un lado en la tierra del yo natural que está muy conectado al tiempo cronológico y psicológico, y por otro en una supra temporalidad impermeable a lo cotidiano, haciendo su vigilancia, por así decirlo, a destiempo, o para decirlo mejor en una temporalidad original muy próxima a la intemporalidad o atemporalidad trascendental inmanente del yo. ¿Sería entonces el yo observador/consejero un *alter ego*-mismo-*ego*, también propio, a diferencia del *ego* primario, nunca plenamente accesible temáticamente a la conciencia propia que sin embargo cohabita en la reflexión natural y aporta su vida trascendental propia? ¿Sería una situación de dos en uno: el primero constituyendo en el mundo y el segundo, observador de las constituciones, o uno que puede desdoblarse en dos? Esto es impensable en la conciencia trascendental pensada derechamente unitaria ¿Porque, qué es 2 o 1 en la conciencia? ¿Es acaso llevar la conciencia a la matemática y partirla en 2 para luego unificarla en 1 y así sucesivamente? Esto parece absurdo a la conciencia natural. ¿Será de verdad un imposible absoluto que de una vez pongamos en cuestión la idea establecida de que el yo es único, o único e indivisible? ¿No será esto también otro prejuicio que hay que dismantelar y reducir radicalmente en la misma *epojé*?

Meditemos. Lo que más advierto al asumir mi acto de reflexión ante lo problemático de la continuidad de la constitución de la conciencia, en una temporalidad *sui generis* que no se corresponde con la natural y la psicológica, es la presencia circunstancial de una especie de ser-otro-yo-mismo integrado a mí, ese tal ser-otro que pronuncia y oye el llamado del problema no es otro que el yo fenomenologizante, vigía perenne de la consistencia-coherencia-integridad de mi ser-conciencia en lo universal.

El otro-yo-mismo no es un existente en el sentido natural, no tiene figura que lo represente y de hecho no “es”, porque distinto que el yo-mismo apodíctico no tiene ni la representación de lo existente “terminado”, sino el estar en continuo estado de pre-ser o pre-siendo dejándose ver por sus constituciones eidéticas y luego ocultándose. Él no se deja ver sino ilumina; como algunas estrellas que se dejan conocer solamente por su influencia gravitacional y magnética.

Me parece percibir que en su emerger ya no soy el yo-mismo-de-siempre; ni el habitual de la reflexión natural, ni el yo trascendental de la reducción fenomenológica que ha surgido en la reflexión reductiva, sino otro yo que emerge del proceso reductivo-reflexivo-regresivo (que escruta el pasado constituido como una arqueología personal, y sobretodo universal), que mira al inicio y el desarrollo del yo que hay en

mí. No se trata de un *alter ego*, no es el otro dialogante de los episodios en que converso conmigo mismo. Se trata de otro-yo-mí-mismo oculto, inaparente, inexistente real, que actúa explorando fenomenológicamente su propio pensar y su yo-actuante-en-la-conciencia constituyente haciéndolo temático. Se trata de un ser-yo-otro de un nivel de pensar abstracto-eidético mediatizando la reflexión propiamente filosófica, aquella que aporta información inédita y deslumbrante a la humanidad, es un yo-otro que emerge y sumerge en la misma identidad del filosofante y del hombre común sustraído al mundo natural por lo ideal.

Este ser-yo-otro-mi-mismo oculto es más que un observador imparcial que habita en la conciencia identificando constituciones de la conciencia intencional-trascendental como situaciones todas congregadas en un solo tramado coherente, por decirlo de una manera, integrales, atemporales, sin definido comienzo ni fin, “reales” trascendentalmente, esenciales y radicales. En cierta forma este ser-yo-otro-mi-mismo es el que ha capacitado a mi yo natural a realizar esta reflexión, e incluso escribirla, porque al releerla me parece escrita por otro.

Cuando constituyo al *alter ego* (me refiero al otro real), y valido su existencia en la conciencia como igual a mí pero a la vez distinto (ajeno), ocurre una apropiación incompleta que da al otro mí mismo categoría como ser, pero en calidad de extraño. Cuando se dan elementos constituidos en ese otro (*alter ego*) a mi conciencia (empatía) puedo yo constituirlos en la propia conciencia y hacerlos propios en algunos casos o constituirlos como extraños en otros casos, ajenos y distintos a mí. Esta capacidad de constituir el otro y también sus elementos en uno, es de algún modo semejante al fenómeno “ocurriendo” en la propia conciencia, cuando desde sus inicios y sin pausa “se” constituye otro-yo-mí-mismo en sí mismo, lo que es especialmente notorio cuando a veces se comporta como contradictor. En este caso la co-existencia trascendental es desde siempre, aunque develada sólo a partir de una reducción reflexiva regresiva radical.

Es otra de las veleidades de la conciencia trascendental y su peculiar forma de esconderse. No se trata de una doble personalidad, porque en este caso es todo el vivenciar el que adopta dobles funciones en una conciencia única conciente de tal comportamiento. Se trata de una experiencia trascendental, de un acontecimiento primario de la existencia que muestra una nueva índole de experiencia del yo, que es ser-un-universal-en-el-pensar-sin-abandonar-el-ser-mismo-particular, con nuevas evidencias y luminosidades respecto a la misma conciencia y también de los elementos en ella constituidos.

Este “yo-otro-mí-mismo-universal” es capaz de suspender transitoriamente la creencia en el mundo y mostrar la experiencia de vida trascendental con lo cual es fácil llevar la reflexión a un punto cero; este “yo-otro-universal-que hay en mí” está ontológicamente vinculado a esencias y universales, lo que lo habilita a la acción por la cual la vida trascendental se examina a sí misma, llegándola a ser objetiva y temática para sí misma, para auto-elucidarse<sup>42</sup>; en algún sentido este modo del ser se ha naturalizado en la forma del “sentido común” que emerge en la conciencia natural por el cual cada uno está seguro tener como aval sus creencias (dígase sus constituciones de cercano y lejano origen) y un comportamiento afín a ellas. El ser-yo-otro-mí-mismo-universal es habilitante de una actitud de observación ponderada e imparcial del pensar trascendental y natural con sus habitualidades y constituciones, con independencia del yo-propio constituyente, lo que le otorga un privilegio en relación con la verdad, y arrancándose del yo-propio, la dice. Pero quizá el rasgo más fundamental de este yo-

---

<sup>42</sup> Finck, *op.cit.*

otro-mí-mismo-universal está en las fuentes de su complejión: ellas son principalmente enaltecer lo constituido en sí acorde (en forma conciliatoria) con constituciones del otro, los otros, la comunidad cultural próxima. En efecto, él recoge los decires de los otros constituidos en lo propio para amalgamarlos con lo ya constituido y así ir generando un patrimonio que pasa a ser lo más característico de lo que se ve desde fuera: las convicciones duras, los modos de ser social, los juicios de valor y artístico, etc.

En la versión cartesiana lo reflexivo es considerado en el contexto de una conciencia separada y autónoma del mundo, aunque con contenidos mundanos, que se auto examina; se puede decir que esta es una reflexión estática en cuanto analiza al fenómeno y el acto reflexivo con un juicio y veredicto que no toca ni modifica el fenómeno, el cual subsiste congelado, estático: es lo existente desde la perspectiva del pensamiento natural. En el caso del yo-otro-mí-mismo-universal la reflexión se asemeja más a una “visión” que estalla producto de la experiencia pura sedimentada, y reflexión que se vuelca sobre la conciencia trascendental examinándola en las constituciones en permanente transcurso de lo no existente a lo existente, por ejemplo: calidad de evidencia y de problema, lo propiamente inmanente y trascendente, las motivaciones y llamatividades, las síntesis y analogías, la contradicción, la coherencia, la integración de lo puramente perceptivo, lo puramente valorativo, estético, ético y lo puramente reflexivo, etc.

Es el discernimiento de una conciencia de “mundo” que ilumina una subjetividad sobre sí misma, subjetividad trascendental que como tal no-inherente al mundo natural o trascendental, está ansiosa de desocultar la intimidad de la conciencia a sabiendas de lo difícil de la tarea. La experiencia de la contradicción en sí misma es una prueba del ser-yo-y-otro-universal, como también la duda existencial y la impostergable búsqueda de evidencia y claridad. ¿De dónde vienen éstas sino del ser-yo-otro mí mismo universal que vacila en la oscuridad, en el problema de lo incomprendible de la mismidad, quizá acusándose de que se le acabó el sentido común?

En la vida natural pre reflexiva que sólo considera la realidad del mundo en su concepto natural éste ser-yo-otro-mí-mismo-universal pudiera ser localizado en la temporalidad y espacialidad de una conciencia temática que se hace así aparente-visible, en otras palabras lo mundaniza, desagarrándolo de su verdadero sitio que es la subjetividad trascendental-universal en estado pre. Es el momento cúlmine del tránsito de la inexistencia real de la conciencia trascendental a la inexistencia real de la temática objetiva de su descripción sin pasar por lo existente real.

Lo que se constituye en la conciencia puede ser presentado empíricamente y re-presentado trascendentalmente lo que supera la “objetividad” natural por una objetividad del fenómeno de la experiencia, real y temporal. Del mismo modo lo que es producido o constituido en la conciencia trascendental puede ser re-producido porque está siempre ahí a disposición en estado pre. Lo pre-conocido es re-conocido y asumido como propio mediante el tiempo o lapso dado al conjunto de RE.

El ser como *a priori* universal es alumbrado por la síntesis de lo re-conocido, re-presentado y re-tenido, en una temporalidad lineal sin pausa. Recíprocamente el Ser alumbrado el existir, se re-produce a sí mismo con lo cual también alumbrado tiempo y espacio sin dejarse ver plenamente por obvio. Lo *a priori* se muestra en la re-petición, es lo dado absoluto donde habitan el ser, lo existente, espacio-tiempo único, lo uno.

En resumen, consideramos que hay buenos argumentos obtenidos de la descripción de la conciencia humana para considerar que sí el modo reflexivo, regresivo y reductivo es una estructura intencional primaria, que trasciende toda la constitución humana asumiendo diferentes modalidades en las diversas regiones del ser, fundamentalmente en la conciencia natural y en la conciencia trascendental, de tal modo

que sin modo reflexivo no hay identidad, ni conciencia verdaderamente concebida.

Hemos escogido como Método la descripción de la reflexión, la reducción y la reflexión reductiva regresiva, en el yo en sus modos natural y constituyente trascendental y en el yo-otro-fenomenologizante y filosofante que en alguna medida asoma aunque sea por instantes, o una vez, en la vida de todo ser humano.